

El Cuento

en Arte y Letras

Número 12 - Diciembre 2012

ESTE MES DEDICADO A

MARIO CAPASSO



CUENTOS

El plan no puede fallar
De los tiempos del General
El hombre amenazado
Escena en movimiento
Piedras abajo
Cuatro Letras
Viajeros
A través de las noches
Martín con lluvia
Tarde y fastidio

El Plan No Puede Fallar

Y bueno, che, qué se le va a hacer, cada uno tiene una cruz que cargar y nosotros tenemos la nuestra. No seas gil, dejá de llorar como un marica. Escuchame bien, te voy a decir algo, es muy importante y te tiene que quedar todo adentro de esa cabecita, no puede haber errores, si fallamos se puede ir todo al infierno. Qué es lo que decís. No entiendo nada. Calmate y hablá claro porque si no se pudre el asunto.

No, no. Vos quedate tranquilo. No te voy a dejar sólo en la estacada. Vos de ésta zafás, y yo también. Pero por favor, cómo se te ocurre, no vengas a hablarme justo a mí de milagros. Oíme bien, no vas a ser el primero y te aseguro que tampoco serás el último. Hay muchos que hoy andan sueltos, caminando por ahí, mirando pasar la vida, vivitos y coleando, que me deben favores y de los grandes, pero muchos eh, montones de gauchadas que anduve repartiendo a manos llenas.

Que por qué estoy acá mientras ellos están libres. Ahí sí que me jodiste. Qué se yo, es un misterio. Será el destino de cada uno, la mala suerte tal vez, o alguna otra cosa que ando sospechando. Ya te voy a contar apenas te tranquilices un poco y puedas entender. Teneme confianza, no te voy a defraudar. Ando en esto desde hace años y jamás, fijate lo que te digo, jamás le fallé a ninguno de los que confiaron en mí. Por eso me siguen todos. Bah, todos no, pero me sigue bastante gente. Con el tiempo serán muchos más, ya lo vas a ver.

Así que no me conocés. Eso sí que es raro. Hace tiempo que ando por acá, alborotando un poco a propios y extraños. Esta zona es para mí, enténdelo, la quiero manejar yo, con mi gente. Pero no me conformo y quiero más, mucho más, la tierra y el cielo. Ah, te fijaste en la barba, qué se yo, siempre la usé. Y siempre fui flaco, mirá las costillas cómo se notan. Sí, un poco lastimado estoy, me dieron una linda biaba y sí, también me pusieron no sé qué cosa en la cabeza. Pero yo a vos tampoco te conozco, dónde estabas metido. Igual se te ve en la cara que sos del ambiente, de los nuestros. Por algo estás acá, como yo. Pero nos van a largar, perdé cuidado, una palabra del Jefe bastará para sacarnos. El problema es que yo estoy muy junado y por eso te necesito. Vas a ayudar con el plan y una parte de la torta va a ser para vos. Conmigo te vas salvar, vas a pasar al frente, vos y unos cuantos más. Te lo puedo garantizar.

Y cómo querés que te lo firme, pedazo de animal. No ves cómo estoy. Además, nunca tuve necesidad de firmar nada, los papeles no se hicieron para mí. Yo soy de los de antes, de los que creen que la palabra de un hombre basta y sobra. Y yo soy más que hombre. Tengo algunos en la banda que andan en eso, cada uno a su manera, ellos llevan todo anotadito. Yo los dejo hacer, no me importa, pero a mí que no me vengán con esos pasatiempos inútiles. La palabra vale, enténdelo, la de cualquier hijo de mujer, y con más razón la mía. Y ahora escuchame, cuando salgas de acá te encargás de buscar a mi gente, yo te doy los datos.

Cuando los encuentres tenés que decirles, metétele bien en la cabeza, por favor, que el asunto ya está en marcha y no lo van a parar aunque nos arrojen los leones encima; el de arriba lo sabe y está de acuerdo, que no me vayan a aflojar ahora que los necesito más que nunca. Aunque yo parezca pasar a cuarteles de invierno, los voy a supervisar. El plan no puede fallar.

No pongas esa cara. Si te digo que el de arriba nos apoya no es para verte esa jeta de estúpido desconfiado. Los nombres te los doy después, así no te me olvidás.

Vamos a formar la organización más perfecta que jamás haya existido. De rodillas van a venir a pedirnos favores. Hasta aquellos que hoy por hoy son la contra van a venir a pedirnos ayuda. Nos van a pedir guita, laburo, de todo nos van a pedir. Pero no se la van a llevar de arriba, van a tener que transpirar bastante para conseguirlo, nada de lavarse las manos como el otro atorrante. Pero la ganancia está asegurada. No, má qué banco ni banco. Yo te hablo de algo verdaderamente grande, gil.

Bueno, vamos a los bifes aunque en estos días esté prohibido. Cuando te encuentres con los muchachos les decís, oí bien las instrucciones: el plan está encaminado y va a funcionar, tenemos todo el apoyo de arriba. Eso es así y no hay vueltas. Pero hay un problema y por eso te necesito. Ando maliciando algo, en la banda hay un traidor y esa es la razón de que yo me encuentre ahora acá, estoy casi seguro.

Esa noche, cuando nos reunimos por última vez, mientras chupábamos de lo lindo (qué bueno estaba el vino) y le dábamos sin asco al morfi, observé en la mirada de uno de ellos un brillo extraño y eso lo delató, el buchón se mandó solito en cana. Después otro, el más pendejo, empezó a joder con las miguitas y el pan voló por todos lados, de mano en mano, y todo terminó en un despelote. Justo me engancharon y no tuve oportunidad de avisarle a los muchachos. Con razón dicen que ser trece en una mesa trae mala suerte, hay que creer o reventar.

Tenés que acordarte de todo. Sí, ya sé, faltan los nombres, pará un poco, lo importante es que les lleves el mensaje para que averigüen si es como yo lo sospecho porque ese alcahuete puede tener seguidores que se van a querer infiltrar para embromarnos. Pero conmigo no van a poder, te lo garanto.

Cómo que no entendiste casi nada. Qué está confuso. No me hagás calentar, cabezón. Ya estoy casi afónico de hablar fuerte, si pudiéramos estar más cerca sería más fácil. Pero no te voy a repetir todo de nuevo. Hagámosla fácil. Vos no te hagás problemas. Deciles lo principal, ellos comprenderán, los tengo bien entrenados, cualquier palabra que digo la interpretan a su manera, aunque a decir verdad me parece que a veces exageran. Hay que saber entenderlos, son tres años de andar juntos por estos caminos y confían en lo que les digo.

Uy, mirá, ahí viene la mina. Uy, para colmo viene con mi vieja tomada del brazo. Qué mal momento eligieron, pero es lindo verlas así, las dos juntas a pesar de ser tan distintas. Salió buena la piba; un día la encontré en la calle, estaba perdida y yo la rescaté. Sí, vale oro y tuvimos nuestros buenos momentos, pero yo ando en otra cosa. Y la vieja es la vieja, no hay nada que hacerle, siempre está, una santa la vieja. No me gusta verlas llorar, si pudiera bajar y darles un abrazo...

A ver, a ver, callate un poco, me parece oír un llamado. No, qué teléfono ni ocho cuartos, un llamado de larga distancia, del de arriba, lo junás. Nada menos que el viejo, por línea directa. Esperá un poco, dejame atender.

Hola, ¿qué decís? ¿No podés hablar un poco más fuerte? No, sordo no, pasa que estoy incómodo. Ahora sí, te escucho mejor. Bueno, si a vos te parece lo hacemos así. Pero, ¿estás realmente seguro? Bueno, bueno, perdoname, me arrepiento, no quise decir eso. Está bien. Sí. Te dije que está bien, lo que vos digas. Bueno, chau, nos vemos. Está bien, ya entendí, voy para allá. Hasta pronto. Un abrazo.

Sonaste, hermano. Y yo también. Olvidate de todo lo que te dije, no tenés que buscar a nadie, ninguna misión a cumplir. Y qué querés que le haga. El viejo me cambió los planes. Él manda, tiene la manija de todo el asunto. Así es desde el principio y siempre será de la misma manera, eso no puede cambiar. Yo soy el segundo, la mano derecha como quien dice. Más atrás vienen los de la banda y después todos ustedes. Bueno, che, el Jefe es el Jefe y es su voluntad. Existe uno solo que puede oponérsele, pero no soy yo justamente. Hay que bancársela. Por algo el viejo está donde está e hizo todo lo que hizo.

No te cabriés, no te pongas así, subiremos juntos a verlo y le voy a pedir por vos, para que te acomode y te ubique bien; no importa lo que hayas hecho, vos decile que te arrepentís y listo. Se le dio por ordenarme que fuera hoy sin falta para allá, y no quiere esperar mucho, será que me extraña, tendrá instrucciones para darme, qué se yo. No sé, siento como si me hubiera abandonado. Me va a dar tres días de descanso, y después de nuevo a la lucha. Dice que me manda de vuelta acá abajo, para que dé las últimas órdenes, sigo un tiempo más y después los largo solos por el mundo a los muchachos, como corderos en medio de lobos.

El Jefe asegura que nuestro reino no tendrá fin, aunque muchos morirán por nuestra causa. Y que cuando el tiempo termine, en el último día, los muertos resucitarán para vivir eternamente.

¿Será así?

Qué sé yo.



Fue todo un contratiempo. Cuando sonó el despertador el cuerpo de Reinaldo se acomodó de nuevo entre las sábanas. Las horas insuficientes de esa madrugada lo encontraron más abatido que de costumbre, como si de pronto los años se le hubieran agolpado, todos juntos, y cuando a duras penas logró pensar “ya se cansará él también”, el despertador cesó. Recién habían pasado las cinco y el silencio era casi total en la pieza donde sólo llegaba el sonido apagado de alguna gota de alguna canilla que porfiaba cada tanto. Reinaldo se dio vuelta y en ese instante se le apareció la imagen del General en el balcón. La visión tan nítida le avergonzó la fatiga y lo obligó a incorporarse mientras los sudores se le amontonaban en los pliegues de la piel. Entró al baño, orinó y luego abrió la canilla y dejó correr el agua; después se lavó un poco la cara y frente al espejo se dijo que tenía cuerda para rato, que el tiempo parecía no pasar. Un rato después, ya en la cocina, mientras se calentaba el agua para el mate, prendió la radio. El mate siempre lo reanimaba y cuando le pareció que ya estaba bien, cargó el bolso y a trabajar se ha dicho. Entonces salió. Pero ya afuera el clima se presentó como un bochorno de calor, y hasta el bolso una carga despareja, y ahora encima debía soportar la aparición ese dolor en la cintura, cómo podía ser, de dónde había salido, si hasta ayer nomás andaba lo más bien. Un día de estos tendría que consultar al médico del sindicato, un jovencito macanudo, la otra vez lo había tratado bárbaro, un peronista verdadero, nada que ver con esos gorilas de mierda que andaban jodiendo por ahí, ¿cómo se llamaba ese muchacho?

Dos cuadras hasta el asfalto, cinco más hasta la estación que parecía inalcanzable esa mañana, y vamos viejo, no aflojés, no aflojés y caminá que el General manda laburar y Evita protege desde el cielo y todo está bien así, así, como deben ser las cosas, y no se hable más del asunto. Durante el trayecto se encontró con una vecina que barría la vereda y lo saludó y le preguntó “¿Adónde va tan temprano?”, y él respondió con un gesto que quería significar pues adónde sino a trabajar, acaso no veía el bolso o no conocía la consigna de los tiempos que corrían. La mujer quedó atrás, olvidada en pocos segundos por Reinaldo que avanzaba hacia la costumbre de estar parado horas en su puesto de soldado de Perón, las que fueran necesarias, y más, peleando cada día una batalla, y no sólo en la fábrica.

En la estación, al verlo acercarse, se le renovó el orgullo de sentirlo argentino. Ya los ingleses se habían batido en retirada ante la implacable orden del Macho y los trenes eran nuestros, como nuestro es el futuro, así había dicho el locutor del noticiero el otro día en el cine, cuando él había ido a ver una película, no se acordaba ahora cuál. Ya en el andén, escarbó en los bolsillos pero el abono no apareció, se lo habría olvidado en la mesita de luz, así que despacio se arrimó a la ventanilla, sacó un boleto y subió con lo justo en tanto imaginaba que viajaría rodeado de aquellos que cada mañana saludaba con un guiño de complicidad, qué muchachada tan leal y trabajadora, y qué mujeres, las mejores obreras del mundo. Sin embargo, caminó sin reconocer a nadie, recorrió un par de vagones y finalmente se sentó al lado de uno que no lo miró. En lugar de los compañeros apareció en el pasillo un viejo que parecía ufanarse de su condición de jubilado y reclamaba vaya uno a saber qué cosas. Ya le llegaría a él también la jubilación, aunque él no iba a andar por los trenes haciendo aspavientos, no molestaría a nadie, cuidaría el jardín y quizás tendría una quintita y allí plantaría algunas cosas, sí, eso haría al jubilarse. Ya en la segunda parada se cansó de buscar caras conocidas y comenzó a adormecerse, trató de resistir pero antes de la siguiente estación ya dormía y soñaba. Soñaba que en la fábrica los telares se morían de quietud y entre los hombres habitaba un silencio de angustia y en ese instante, a través de la agonía insoportable, cuando la tristeza se podía tocar con las manos, aparecía Ella que, como una reina metiéndose en el barro, bajaba por la escalera del galpón gris y primero los miraba y luego los arengaba no me aflojen compañeros, ustedes son la Patria y la oligarquía es la traición, así que vamos compañeros a demostrarles lo que somos capaces de hacer con nuestra fuerza. Ánimo descamisados, a yugarla. Por la Patria y por Perón. Y entonces los telares todos juntos se ponían en marcha, comenzaban con su ruido insistente y ya no se enredaba ningún ovillo y ninguna pieza se atrevía a fallar pues las máquinas eran nuevas otra vez y para siempre y todo era alegría y sudor, horas de doblarse sin rendirse y esperanza en cada gota derramada; si hasta el capataz brindaba con Ella, que sonreía y

abría los brazos. Cómo abría los brazos, qué hermosa era, cómo brillaba su sonrisa. Y cuando Evita se aproximaba para abrazarlo y darle un beso quizá, Reinaldo despertó. El corazón le palpitaba con fuerza y en ese instante deseó tener cerca a los amigos para contarles que la había visto tan viva y hermosa como antes, como siempre. ¿Pero dónde estarían ahora los amigos? ¿Cuánto hacía que no los veía? En esa incertidumbre permaneció enredado mientras el tren avanzaba y las casas pasaban por la ventanilla, hasta que al fin llegó a destino.

Había previsto ser empujado por los otros al bajar en tropel y sin embargo no fueron tantos los que lo esquivaron y lo dejaron atrás mientras Reinaldo notaba el cuerpo renovadamente agobiado. “Este calor de mierda”, rezongó mientras apretaba el bolso e intentaba descubrir en el cielo alguna nube. Parado en el andén, daba la impresión de querer orientarse. El bar siempre abierto permanecía cerrado, un vaso de agua le hubiera venido bien, qué lástima. Tuvo ganas de sentarse un rato, vio un banco allí nomás, pero se le iba a hacer tarde. Entonces, lento, llegó a la barrera. Ahí aguardaba la parada de diarios donde a veces compraba “El Mundo”, aunque no esta vez que andaba con lo justo, esperaría a cobrar la quincena, ¿cuándo cobraría?, mañana o pasado mañana seguramente, en eso sus patrones eran de cumplir bastante, y si no cumplían ya sabían ellos lo que había que hacer, que para eso estaba el sindicato. En fin. Frente al puesto de diarios, el saludo habitual chocó contra la indiferencia del muchacho ya de espaldas. Uno de los titulares le llamó la atención y se acercó para leer: “DIOS EXISTE”. ¿Y eso? Qué raro. ¿Lo habría dicho el General? Tal vez había recibido un mensaje de la Señora, aunque el de la foto no era Perón, qué carajo iba a ser Perón ése con cara de rata, algún gorila debía ser, un cajetilla.

¿Y cuántas cuadras hasta la fábrica? Dos o tres, cuatro a lo sumo, pero las piernas se declaraban como un inconveniente esa mañana y el calor y la cintura hacían lo suyo y había tantos autos por esa avenida tan ancha, tantos autos. El semáforo no funcionaba y Reinaldo pensó que si el General lo supiera ya lo habría mandado arreglar, pero el General no lo sabía, no lo podía saber, tan preocupado con mantener bien a raya a los milicos de la contra y a los curas, ay los curas, esa manga de atorrantes, más les valdrá que no se metan con el General, que no jodan con la paciencia del pueblo, pensó, y entonces le costó cruzar entre los muchos autos y la avenida interminable, aunque despacito, como pidiendo permiso, se arrimó a la otra vereda, en medio de bocinazos y calor y cuerpo que pesaba y dolía.

Calculó que había llegado, sí, ahí nomás se veía el quiosco, aunque le pareció muy grande y a la chica que atendía no la reconoció y justo al lado, donde recordaba el almacén de Don Braulio, había un negocio con aparatos extraños y el frente de la fábrica era todo de vidrio y se veían montones de cosas adentro, montones de cosas que no eran telares ni nada que se les pareciera, no. Cosas de colores, demasiados colores pensó mientras retrocedía unos pasos y apoyaba el bolso en la vereda y sentía el cuerpo más flojo. ¿Habría llegado acaso demasiado temprano?, eso podía ser, si al menos alguien que no fuera mujer como esas que entraban pasara para preguntarle, las mujeres no entienden de estas cosas refunfuñaba y en medio del rezongo vio a uno que venía por la vereda de enfrente, empilchado como un bacán y hablando solo. “Un loco lindo”, supuso al mismo tiempo que se cruzaba y lo paraba y le preguntaba. “Loco de remate”, pudo comprobar por la respuesta y la actitud pues el hombre lo había palmeado y con una sonrisa le había dicho no abuelo, vuelva a su casa, la fábrica no está más, la fábrica ya fue. Algo así le dijo ese hombre. Reinaldo lo miró alejarse, el loco seguía hablando solo, se ponía una mano en la oreja y con el otro brazo hacía gestos al aire y así lo vio doblar en la esquina y desaparecer para siempre. “Pobre tipo”, lo compadeció a la distancia mientras se pasaba el pañuelo por la frente. “Como si la fábrica pudiera irse, adónde carajo se va a ir la fábrica”. Entonces guardó el pañuelo hecho un bollo en el bolsillo de la camisa, apoyó el bolso contra un árbol y se sentó a la sombra. Qué importaba que los demás lo miraran como a un bicho raro, después de todo sólo era cuestión de tiempo, la sirena comenzaría a sonar en cualquier momento y él estaría dispuesto, cruzaría el portón y ficharía la hora justa. Y ya no sufriría el calor ni el dolor de cintura, y aunque fuera él solo y aunque el mundo le cayera encima, pondría en marcha

las máquinas, porque no hay otra vida posible y porque así lo pide el General y Evita desde arriba vigila y sonríe.



El Hombre Amenazado

Con una violencia que pareció continuar la acción del sueño, el hombre manoteó el arma y al contacto de la culata respiró profundo, un poco más tranquilo. Con cuidado encendió el velador y permaneció alerta a los posibles ruidos de la madrugada, con los músculos en tensión transmitiéndole su inquietud a los ojos, que miraron la hora. Detrás del edificio había unas vías, dentro de unos instantes debía pasar un tren y dos minutos después el que iba en sentido contrario. El hombre esperó sin moverse, como una presa que temiera atraer a su cazador. Al escuchar el ruido, ahí está uno, se dijo, y cuando ya le parecía que el siguiente no llegaría nunca, pasó el otro tren. Al sentirse aliviado, la modorra pretendió imponersele, pero la tregua era impensable y luego de unos minutos se levantó, fue al baño en donde, sin cerrar la puerta y con los cinco sentidos bien despiertos, apoyó el arma en una repisa y orinó con chorros entrecortados, prisionero del sueño de esa noche que no había sido para nada tranquilizador, más bien todo lo contrario pues él recordaba, creía recordar, que una parte terrible se había desarrollado precisamente en un baño que, por los detalles sueltos y confusos en la memoria, podía ser cualquiera. El hombre comprendía sin esfuerzo: los que lo amenazaban no aceptaban límites, la conspiración no reconocía propiedades.

Atento a lo que podría ocurrir, desayunó con café y semblante alterado. Luego, en la habitación apenas iluminada, terminó de prepararse para salir. Ya dispuesto, disimuló el arma entre las ropas, echó una última ojeada y salió. En realidad, pensó, salir no resultaba más arriesgado que quedarse y tampoco era cuestión de aflojar aunque vinieran degollando. Pero ya en la calle apenas tuvo tiempo de tiritar por el frío cuando vio a los dos tipos acercándosele. Venían caminando en la misma dirección que él tendría que seguir. Entonces hizo como si buscara algo en el bolsillo, pues darles la espalda lo convertiría en el blanco perfecto, supuso. Los merodeadores ya casi pasaban frente a él, uno de ellos hablaba de fútbol y el otro escuchaba y asentía; el que hablaba lo miró un momento sin detenerse, el hombre le sostuvo la mirada, mejor mostrarse audaz, bien pudiera ser que los tipos simularan. No doblaron en la esquina y eso le pareció una buena señal o una ventaja, pues los vio alejarse y cuando calculó que ya no podrían alcanzarlo, se apresuró y llegó al garaje. Antes de abrir el portón dejó pasar unos vehículos y a unos chicos de uniforme azul; un viejo lo miraba desde la vereda de enfrente, no lo conocía o al menos no lo recordaba. Le pareció inofensivo y entonces continuó con sus movimientos. Mientras digitaba la clave advirtió en la otra cuadra a una mujer que corría y gritaba, sólo llevaba puesta su ropa interior pero por suerte corría alejándose y él no entendió nada de lo que decía, o casi nada. Sacó el arma y entró al garaje, se agachó como si intentara esquivar un ataque al tiempo que forzaba la vista para abarcar el mayor espacio posible. Reconoció de inmediato la voz que salía del parlante como la de todos los días. Así, el jefe de la custodia del lugar le hizo saber que podía quedarse tranquilo, sin novedad hasta ese momento. Retiró las llaves y esbozó un gesto a una de las cámaras. Subió al auto, calentó el motor durante unos pocos segundos, encendió la radio y arrancó con cierta violencia.

Desde que la amenaza se había hecho sentir con fuerza, el hombre elegía caminos distintos cada vez y en ocasiones se alejaba de su destino para retomar luego la ruta correcta. Trataba de asimilar cada itinerario ya realizado y le costaba renovarlo; a veces, cuando el desánimo mandaba, se avergonzaba de tanta precaución pues sabía de sobra que los enemigos se comportaban de manera implacable. Ese día decidió ser expeditivo, tomó por la avenida que lo llevaría directo al local. Como aún era temprano dedujo que esa sería una acción inesperada y amagó una sonrisa de satisfacción por la iniciativa, pero enseguida se dio cuenta de la torpeza de su empeño y se sintió débil y enfermo. Por la radio emitían el pronóstico y daban las noticias y entonces pensó que todo continuaba igual. La temperatura podía subir o bajar, el cielo despejarse o no, pero en el asfalto el clima no variaba, muerte más muerte menos. El tránsito le pareció desconsoladoramente lento. El hombre manejaba y recorría con la vista las cercanías, exploraba las veredas y los vehículos vecinos

en los cuales podía verse a sí mismo, como frente a un lamentable espejo. Un semáforo interpuso su color rojo y el hombre apretó el freno acompañando la acción con una puteada y en ese instante divisó en un balcón a su izquierda, quinto o sexto piso, a una figura moviéndose entre las plantas. Aparentaba apuntarle. Entonces aceleró y tocando bocina logró cruzar y alejarse un poco. Pero los de adelante formaban una barrera y tuvo que frenar; se asomó por la ventanilla y de nuevo miró al balcón, sexto piso, una mujer regaba las plantas. Enseguida el tránsito fingió animarse hasta arribar a un túnel en el que los restos calcinados y aún humeantes de una camioneta lo retardaron aún más; la policía aún no había llegado y el cuerpo del conductor se desfiguraba contra el volante mientras unos muchachos se aproximaban. Y unas cuadras después otro maldito semáforo lo exasperó al punto de hacerlo sudar. Mientras intentaba serenarse vio a uno que se le venía encima con el pretexto de querer limpiar el parabrisas; el hombre desconfió de las intenciones del otro, descorrió el saco para mostrar el arma y el tipo alzó los hombros y siguió de largo, pero nunca se podía estar seguro, así que ya no la guardó, la tuvo en la mano hasta que el movimiento recomenzó. Entonces, al retomar la marcha la apoyó a su lado, en el asiento, con la necesidad de espiarla cada tanto. Un camión de bomberos se abrió paso y al rato lo perdió de vista.

Sin otra alternativa llegó, estacionó justo enfrente y antes de salir del auto trató de cerciorarse de que no hubiera peligro, pero cómo protegerse, cómo alcanzar cierto grado de tranquilidad, se descubrió preguntándose a media voz, si la ciudad se había transformado en una trampa inconcebible. El de la parada de diarios de esa esquina, le hizo la señal ya convenida y él bajó. Mientras accionaba el control remoto, la persiana se abría y el hombre vigilaba los alrededores. Una muchacha pasó por la vereda, llevaba un bolso marrón y caminaba rápido. De un colectivo bajaron algunas personas aunque enseguida desaparecieron. Los patrulleros iban y venían siempre de a dos por lo menos. Un helicóptero sobrevolaba la zona y su fragor de guerra se confundía con el de las sirenas que por ahora sonaban a lo lejos.

Ya en el local, el hombre se dedicó a la rutina de preparar las cosas para el trabajo de ese día. Puso en funcionamiento las fotocopadoras a la espera de la clientela que, en esa zona de jueces y abogados que él no había visto jamás, no tardaría en presentarse. Así fue, la gente comenzó a llegar y eso resultaba positivo aunque en cada uno que entraba se podía esconder el encargado de cumplir con la amenaza, todos resultaban sospechosos, casi culpables. No había caso, pensó el hombre, cada jornada es un tormento, cada minuto una agonía, y no había derecho, si él era una persona decente o por lo menos tan decente como los otros.

Las caras de los clientes eran como las fotocopias, se imitaban entre ellos, así al menos le parecía al hombre que los veía repetir en el gesto de resignación. Una vez dentro del local comentaban en voz baja los interminables trámites o, los más antiguos, explicaban las artimañas aprendidas a través de los años para activar las causas mientras los novatos escuchaban con respeto. Había uno que venía todos los días, el hombre no recordaba desde cuándo, aunque hacía alrededor de un mes había desaparecido por casi una semana. Pero había reaparecido sin dar explicación y con un temblor en las manos que empobrecía su aspecto. Se llamaba o decía llamarse José Krikorian y repartía planos para movilizarse a través de los pasillos de la justicia. Había entablado cierto tipo de amistad con el hombre que había notado una cosa: el plano resultaba distinto cada vez, enorme en ocasiones, diminuto en otras, embrollado siempre. Recordó que una tarde le había preguntado sobre esta cuestión que le resultaba misteriosa. José Krikorian contestó que cada día avanzaba más y más en el conocimiento de aquellos lugares y aun así se perdía a veces por los pasillos, pues las oficinas parecían multiplicarse algunas y desaparecer otras; esto le obligaba a rehacer el plano constantemente, labor que cumplía por las noches, no muy lejos de allí, en una especie de altillo, según le refirió en otra ocasión.

A media mañana, las explosiones. Una y dos casi sin pausa. Al rato la tercera, que sonó más cercana. Algunos clientes salieron a la calle a ver qué sucedía o a huir de la zona, otros pidieron ser atendidos con mayor urgencia. En eso estaba el hombre, apurándose, cuando las ambulancias comenzaron a pasar. Después, como una letanía, el sonido de las sirenas se fue alejando. Las explosiones no se repitieron y todo volvió a lo de antes. Algunos de los que se habían ido retornaron, sacaron número, esperaron.

Ya era casi el mediodía cuando José Krikorian acudió para informarle. Al hablar miraba hacia los lados y le relató al hombre que el diariero había sido alcanzado por una esquirla y lo habían llevado al hospital. Un pibe yacía muerto en la esquina pero el orden había sido restablecido, los de la Municipalidad ya retiraban el cuerpo. La madre lloraba por ahí cerca.

La tarde transcurrió casi sin sobresaltos en la zona. Al hombre solamente le llamó la atención una pareja que pasó por la vereda un par de veces en media hora. La mujer llevaba el pelo recogido, vestía pollera azul y abrigo oscuro y el que la acompañaba parecía más joven que ella. La radio informaba, casi sin tiempo para la música, sobre las acciones que se llevaban a cabo en distintos puntos de la ciudad. La policía sin bajas, las fuerzas especiales sólo un muerto y dos heridos de poca gravedad, eso informó la radio; luego un periodista comentó de la guerra en Asia, pero Asia seguía estando lejos. Al hombre le hubiera gustado que mencionaran algo sobre el estado de salud del diariero y de repente tuvo ganas de tomar una bebida fuerte, y mientras comprendía que deseaba un imposible recordó los viejos tiempos, cuando con su teléfono llamaba al bar y la chica venía, con bandeja y sonrisa, tan bonita en su uniforme que al entreabrirse dejaba al descubierto unas hermosas piernas. Qué pena la chica y su sonrisa y esas piernas. Y no había sido reemplazada.

Como era invierno cerraba más o menos a las cuatro de la tarde, con el tiempo justo para comer algo en el restaurante de la otra cuadra y salir para su casa antes del anochecer. Esa jornada ya los tribunales habían cesado y las calles comenzaban a ser abandonadas mientras los autos blindados aguardaban para llevarse a los funcionarios y algunos nubarrones se empecinaban a baja altura sobre la ciudad. El hombre pensó en ir al hospital a visitar a su amigo herido, pero se dijo que sería mejor no arriesgarse a semejante aventura.

En el restaurante comió rápido cualquier cosa y ya se marchaba cuando un malestar le revolvió el estómago y debió correr al baño. Se encerró y comenzó a aliviarse, pero sentir que alguien entraba, recordar el sueño de la noche anterior y percatarse de que había dejado el arma en el saco, colgado en la silla, fue todo uno. Se acomodó así nomás la ropa y quedó inmóvil. Trató de escuchar pero el silencio se imponía y transcurrieron unos minutos en que pensó muchas cosas atropelladamente, calculó probabilidades, evaluó las posibles escapatorias hasta que lo asaltó la duda: tal vez el ruido había provenido de alguien que salía, después de todo él había entrado demasiado rápido y sin fijarse en nada. Entonces, como para probar qué pasaba, tosió, y ahí nomás, sin posibilidad de defenderse, su cuerpo fue sacudido por una metralla de pedos del otro. Luego siguieron, cada vez más sostenidos y estrepitosos, aunque el hombre no se quedó a oír sino que huyó del baño, corrió hacia la mesa. Pagó y se fue. Mientras caminaba hacia el auto miró sin demasiado interés la columna de humo que, no tan lejos desde el lado norte, se diluía en la tormenta que ya se veía venir. Desactivó la alarma, subió de un salto y partió.

Deseaba llegar enseguida a su casa, en esos momentos era lo que más deseaba en el mundo, pero en una esquina el tránsito fue desviado y las calles se transformaron en un problema a resolver, un acertijo feroz. Así, viajó molesto por la suciedad y el olor que le trepaba como una enredadera humillante; y encima también la lluvia, y los semáforos, y la noche, y los otros que parecían huir como él por las calles trabadas, y la presencia del miedo, el miedo invariable.

Por fin, en el hogar cerrado, luego de la ducha se sirvió un whisky y puso música. Mozart sonaba suave, la melodía parecía despedirse. El hombre se acomodó en el sillón con el arma a un costado, sobre la mesita, al lado de la botella. Recordó cuánto disfrutaba su esposa con esa música y cómo la hija entraba a veces corriendo y gritando. Pero todo eso formaba parte del pasado que ya no regresaría, sólo quedaban Mozart y él, que estaba a punto de sobrevivir un día más en la ciudad. El arma reforzaba su tranquilidad, tal vez un día de estos compraría otra más grande, pero a él no se le escapaba que eso no representaba ninguna ventaja con respecto al resto.

Casi las doce de la noche.

La música había terminado, el hombre había programado el equipo para que el compacto recomenzara, y en ese intervalo creyó oír un ruido a sus espaldas y estiró el brazo.



Escena en Movimiento

Un hombre sube a un taxi, a poco de andar el taxista lo reconoce y se lo hace saber, que lo vio anoche, le dice, que en realidad lo ve todas las noches, y que nadie lo moleste a esa hora porque lo mata, que está muy bueno el programa, que lo ve desde que empezó, al principio porque le gustaba a su mujer pero luego él también se enganchó, que su personaje es, lejos, el mejor de todos, y está seguro que de un momento a otro va a descubrir que su madre no es su madre, que se va a casar con Elena finalmente, y que ese Garrido las va a pagar todas juntas, qué, cómo, ah, que Garrido es usted, no puedo creerlo, uh, qué chambón que soy, cómo pude confundirme si anoche vi el programa, en realidad lo veo todas las noches, largo el taxi y llego a casa y mientras como algo lo miro, se lo juro, muy bueno, che, muy bueno el programa, desde que empezó que lo vengo siguiendo, y estoy seguro que Daniel va a descubrir de un momento a otro que su madre no es su madre y que al final se va a casar con Elena, y van a ser muy felices, la pareja más feliz del mundo, mal que te pese a vos, Garrido, hijo de puta.



Piedras Abajo

Cae la llovizna y el hombre, que ya ni repara en ella, apostado en la terraza, con el cuerpo levemente inclinado hacia la derecha, apunta con su arma a uno de los que ahí abajo, en la calle, no se queda quieto ni un momento y coloca una piedra tras otra. Si al menos se detuviera un instante, si cualquiera de ellos se detuviera un instante, se ilusiona el hombre del arma, que sacude la cabeza para desprenderse de las gotitas y que enseguida se pregunta si él entonces tendría el valor o la suerte de disparar. ¿Y si tuviera alguna de esas cosas? ¿Y si además acertara con el tiro justo y derribara a alguno por la vía de un balazo en la frente? ¿Qué pasaría entonces? ¿Qué harían los otros? Los otros, sí, los que no ha podido contar de tan iguales y construyen ese empedrado bajo la llovizna que no cesa y el cielo que nunca aclara. Confusamente reconoce no saberlo, el hombre del arma apunta y no acierta con las respuestas, y tampoco sabe, o no lo recuerda ahora, cuándo fue que empezó todo, y todo es este presente en el que los de "la cuadrilla", como él llama al grupo, van colocando una piedra y luego otra y otra más y sin embargo la construcción parece no avanzar, como si cada piedra reemplazara a una anterior y así. Y así. Entonces el hombre en la terraza, que ha pensado todas estas cosas, que ha dejado de apuntar, que ha colocado el arma en el piso, apoyada contra la pared, lanza al aire un resoplido y repite el gesto de sacudir la cabeza, trata de fijar mejor la vista, intenta concentrar su atención y comprender los movimientos de los que están ahí abajo, en la calle, y una vez más no lo logra, falla como ha venido fallando hasta ahora. Tiene al menos una certeza, y eso lo tranquiliza un poco, pues los de "la cuadrilla", como él los llama, jamás elevarán la vista para mirarlo, la experiencia de esas jornadas se lo ha enseñado, porque ellos permanecen más bien distantes, indiferentes, lo ignoran o quizá simulan ignorarlo, y eso que alguna vez les ha gritado, si hasta los insultó aquella tarde de hace algunas semanas, pero ellos siguieron y siguen reconcentrados en su trabajo diurno. Diurno sí, porque durante las noches. Las noches ahí abajo son otra cosa, esa es la verdad, pero, se dice enseguida, mejor no pensar ahora en lo que será la noche, y menos justo ahora que la hija ha subido y le ha traído una taza con café o algo que debería parecerse, la hija no debe ni siquiera sospechar lo que sucede durante las noches allí abajo. Abajo, el insoportable abajo de las noches, cuando la oscuridad es casi total, apenas casi, porque la luz de la luna, aun con las nubes, le permite entrever lo que pasa en la calle y es terrible y, pero basta ya de pensar en eso, que la hija se moja también y le está preguntando algo y él en lugar de contestar le pregunta si ha dormido bien, y también si ha estudiado, y la hija parpadea y se encoge de hombros y dice para qué, y agrega que mamá ha dicho que le diga matalos, decile a tu papá que los mate, que los mate a todos, que hoy, que eso ha ordenado su madre, y el que hoy vuelve a sonar, implacable, definitivo. Entonces el hombre expulsa un suspiro, mira hacia las otras terrazas, y se da cuenta o acaso apenas intuye que ya no habrá un disparo para absolverlo, que ya los otros han dejado de vigilar y de apuntar a los de "la cuadrilla", como él los llama, o tal vez quede todavía alguno en

algún lugar que él no alcanza a observar, eso podría ser, se esperanza, eso podría ser, se repite, y así entonces quizás podría surgir de alguna otra parte el fogonazo salvador, el movimiento que pusiera en juego una ficha nueva en ese tablero en el que los de abajo ponen piedras en la calle y los de arriba vigilan y apuntan y no hacen fuego y esperan, eso si es que a esta altura queda alguno, alguno como él, que no se va a dar por vencido, y cuando se da vuelta y quiere decirle algo la hija se ha marchado y la llovizna sigue, entonces agarra la taza y bebe el café, que a todo esto se ha enfriado, cada gota se ha puesto más negra y se ha enfriado en ese invierno que parece no irá a terminar jamás, mientras el ruido de las piedras abajo sigue. De un trago, o dos, no más, el hombre ha bebido y ya está de nuevo apuntando, o más bien tratando de apuntar a la cabeza de alguno que, hijo de puta, no se queda quieto ni un instante, ni uno, y se agacha y coloca una piedra y luego otra y él intenta tenerlo en la mira y tal vez un solo tiro bastaría. Así las horas de la mañana pasan y pasan, como piedras.

Ahora es el mediodía, deduce el hombre en la terraza, abajo nada ha cambiado pero ha subido su mujer siempre con el mismo vestido y le ha traído algo para que coma. Es lo que hay, le ha dicho o es lo que él ha creído oír. La mujer se ha quedado algo alejada, no se asoma para nada a la calle y permanece algo rígida y lo mira, y cuando él mueve los labios ella abre la boca y le dice matalos, qué esperarás para matarlos, no ves acaso lo que va a pasar si vos no los matás de una vez por todas, y cuando el hombre escucha las palabras, antes de que las palabras se terminen, deja de apuntar y apoya el arma a su derecha, contra la pared, y comienza a dejar que el pan se moje en su mano, el pan que le han traído, uno sólo hoy, apenas uno y tan breve, piensa, aunque no pregunta nada y el pan se moja en la lluvia que no cesa, y el hombre le dice a la mujer por qué no me trajiste ropa seca, y la mujer se da media vuelta y se aleja, y ya casi desaparece pero antes le dice te dije bien clarito que los mataras, y escupe con violencia y dice otra vez yo te lo dije y se va. La mujer ya no está y el hombre mira la terraza vacía y casi no la reconoce, tal vez por la bruma que crea la llovizna y que desdibuja todas las cosas. Luego come, despacio, el pan entra mojado en el cuerpo mojado. El cielo sigue igual y la llovizna sigue igual. El hombre termina de masticar sin apuro ese pan que le han traído y ahora le duelen las piernas, por momentos el dolor se le mezcla con el recuerdo del dolor, tal vez el de hace un rato cuando aún no se había dado cuenta que las piernas le dolían, o quizás el de hace unos años, cuando los dolores todavía no se le mezclaban. Trata de olvidar el dolor y se asoma y allí están nomás, las piedras, los hombres moviéndose y el paisaje de las piedras infinitas, y uno de los hombres ahora se está secando la frente con un trapo, guarda el trapo en el bolsillo y parece que va a mirarlo a él, pero no, se da vuelta apenas un poco y en apariencia habla con el que está al lado, y el que está al lado sonríe, asiente con la cabeza y no dice nada y se agacha y coloca una piedra, otra piedra que no agrega nada.

Es noche ahora y la llovizna sigue. Las piedras están quietas. Las mujeres han llegado y los hombres de "la cuadrilla", como él los llama, comienzan a meterse en ellas, que van pasando de mano en mano, de cuerpo en cuerpo, una tras otra, y las mujeres se dejan caer una tras otra. Hasta el ruido de la noche es similar al que se escucha durante los días, un ruido seco y duro, y él que no cede, allí arriba, en la terraza, empapado en lluvia y sudor, sin descanso posible espera que su mujer o su hija le alcancen algo para comer y alguna ropa seca. Mientras tanto, fuerza la vista y ni siquiera alcanza a distinguir aunque sea una de las caras de las mujeres, al menos una de las que cada vez parecen ser más y más, es así, no hay vuelta que darle, como si cada noche alguna se sumara, o más de una. Pero las caras se le borronean sin remedio en el interior de la neblina mientras él se sigue mojando ahí arriba y ya hace rato que no apunta, no apunta y oye las risas de los hombres de abajo, que parecen esta noche renovarse y festejar algo, como si a la fiesta hubiera llegado el último invitado. El que permanece arriba sufre con las risas de los hombres que no dejan de moverse y de penetrar en las mujeres y no lo miran nunca.

Ha sido una noche terrible, piensa el hombre, quizás la peor que le ha tocado presenciar, pero en algún impreciso momento advierte que por suerte ha terminado, un leve cambio en la luz del amanecer, o tal vez la señal haya sido el hecho de que las mujeres ya no están en la calle y están las

piedras, lo que para el de arriba es casi lo mismo, salvo por las risas y el jadear de los hombres, porque el ruido es siempre igual, un ruido seco y duro, de piedras o de mujeres que se van incrustando. Y entonces, aunque llueve igual que los otros días y el cielo sigue tan oscuro como siempre y las horas han pasado tan iguales, el hombre se da cuenta de que algo ha cambiado. La hija no ha subido, y no hay café esa mañana y hay más viento, un viento arremolinado que lo hace tiritar. Y pensar. Tendría que disparar, ahora, ¿qué puede pasar?, o a lo mejor convendría esperar, ¿qué podría pasar?, con apenas un tiro la pesadilla habrá terminado, o comenzará a terminarse, se dice, pero no dispara, no dispara y las horas del día transcurren con los minutos cada vez más pesados, una carga por momentos insostenible, se dice, y encima nadie le ha traído ni bebida ni comida ni ropa seca, y que no importa, se dice el hombre en la terraza, no importan ni el frío ni el hambre ni el cansancio, ya nada tiene la menor importancia, ni siquiera el viento y la llovizna, se dice. Él no se va a dar por vencido, jamás, y apenas alguno se quede quieto apuntará bien y apretará el gatillo, se dice. Están atrapados, se dice.



Cuatro Letras

Y sí, no me fue posible evitarlo. Luego de mucho tiempo de esquivar el bulto, sucedió finalmente una noche, cuando ella entró con todo derecho a la habitación y me gritó al oído lo que pensaba de mí.

Una semana, o poco más, había pasado desde el momento en que nos conocimos en las circunstancias más asombrosas teniendo en cuenta mi origen y mis hábitos. El encuentro ocurrió en un departamento de un Buenos Aires en el que yo estaba dando mis primeros pasos y en el que se celebraba una especie de reunión social de algún tipo. Enseguida descubrí que se trataba de un enfrentamiento entre los dos sexos. Yo había caído allí por error.

Lo concreto es que ni bien toqué el timbre me vi metido dentro del barullo, del descontrol generalizado, con una copa que desbordaba en mi mano y bailando o algo por el estilo con Isabel, que así se llama la que días más tarde entraría en la habitación para gritarme al oído lo que pensaba de mí. En ese momento reía a carcajadas.

Y acá sí, sí que en verdad empezó el asunto y no, no antes porque contestando a una de sus preguntas le dije que sí, sí que era de Géminis tal como ella había arriesgado y que no, no había estado nunca ahí y que sí, sí me gustaba el departamento y no, no conocía ni de vista al Lito Branca y que sí, sí me gustaría conocerlo ya que según me había parecido escuchar era el anfitrión y que no, yo no había sido invitado y que sí, sí que lo veía sentado en el taburete del bar y que no, no te lo puedo presentar ahora, dijo Isabel y que sí, contesté yo, sí que ya lo veía cómo trepaba por la escalera y no se detenía y sí avanzaba detrás de una señorita que sí iba adelante y moviéndose toda parecía amenazar con un no rotundo y quitándose la blusa prometía más bien que sí.

Y no, no le pude seguir el ritmo a Isabel. La verdad. Ella sí que bebía y bailaba y fumaba y reía y actuaba como yo no había visto actuar a mujer alguna y como si jamás en la vida hubiera hecho otra cosa y no era nada más que lo parecía, no, para nada, y ya en el sillón sí, sí que al menos dejó de bailar aunque no, no de moverse y todo lo demás, y sí se acercaba y sí me acariciaba justo a mí que no. Yo sí me esforzaba por no, por no decirle que sí, que sí había visto medio de refilón una mancha en la alfombra o que las cortinas parecían no estar del todo limpias o que las plantas sí que eran bellas aunque tal vez no se adecuaban al ambiente, y también miraba los pantalones yendo y viniendo y abultándose y en algunos casos decidía que sí, sí me gustaban aunque decididamente otros no, no hacían el juego preciso con la camisa y ella que insistía en que sí, sí que yo la volvía loca de remate y sí se me trepaba e intentaba besarme y yo no tenía otro remedio que cubrirme bebiendo y bebiendo hasta perder el sentido de las cosas de alrededor hasta que al final sí, sí que sucumbí al embate de sus arrebatadores encantos, y me dormí. Sí.

Aunque tal vez convendría arriesgar a decir que no, que la historia no comenzó en realidad durante la fiesta en el departamento sino que sí, sí comenzó en un vagón del tren que no, no paró desde Rosario hasta Retiro pero en el que sí, sí había compartido el asiento con un hombre que no, no pareció prestarme atención hasta que sí, sí que me la prestó cuando dijo no, no me mirés más por favor y yo le contesté que sí, sí con la cabeza pero no con el pensamiento y él entonces sí pareció distraerse en otra cosa y olvidarme aunque yo no, no lo pude evitar y sí lo seguí mirando aunque ya no con la insistencia de antes y al llegar sí, sí que lo seguí un tramo por el andén hasta que al fin me dije que no, ya basta de tonterías, cuando sí se encontró con una mujer que al principio parecía que no, no lo quería demasiado, pero luego tuve que reconocer que sí, sí que lo quería porque lo abrazaba y entre lágrimas y grititos lo besaba pese a que los dos pibes que estaban con ella no se parecían al hombre, o sí se le parecían, no sé.

Pero tal vez no, la historia no comenzó tampoco ahí, sino un tiempo antes todavía en Rosario, cuando sí, sí que me presenté en la fábrica nueva, que ya había empleado a varios de mis amigos y ahí nomás me dijeron que no, no había más vacantes aunque luego sí, sí que las hubo para otros, pero no, no para mí, y entonces sí, sí que todo pareció terminar y entonces decidí bajar a Buenos Aires y no, no me encontré con la oposición de mi padre pero sí, sí con la de mi madre que no, no me había abandonado nunca y que sí, sí que siempre me había querido pero mi padre no, no me había aceptado jamás y sí, que me fuera nomás porque él no, no iba a cambiar su opinión sobre mí que sí, sí que ya estaba haciendo las valijas y no, no me importaba nada de mi madre que sí, sí se lamentaba y andaba muy triste por la casa, ni de mi padre que no, ni siquiera un poco, y al final sí que me fui de Rosario.

O a lo mejor no, quién sabe, a lo mejor todo este asunto tampoco empezó en esa instancia de mi vida, sino cuando a los dieciocho todavía no me había afeitado ni una vez y me sortearon para la colimba y sí, sí saqué número bajo, el 40 para ser exactos pero no, nadie creyó esta versión y sí se mantuvieron en sus dichos que no, no respetaban la verdad de lo sucedido pero que sí, sí me hirieron por no, no ser veraces aunque sí o en definitiva no, en el fondo no cambiaba nada porque sí, sí era verdad que me había salvado aunque no, no tenía importancia si ellos sí me creyeran o no me creyeran. Y ahora que ha pasado el tiempo y lo escribo pienso que sí, que me hubiera gustado estar adentro, porque una vez conocí a un sargento, aunque no, muy seguro que digamos no estoy.

O quizá sí que la historia comenzó justo tres años antes del sorteo, cuando no me llegó la tarjeta y cuando sí, sí Isabel pero no la Isabel que entró con todo derecho a la habitación y me gritó al oído lo que pensaba de mí, sino que otra muy distinta Isabel fue la que sí cumplió los quince y mis amigos no quisieron que yo fuera. Ellos sí que fueron invitados aunque yo no y entonces sí, sí me quedé ese larguísimo sábado a la noche solo y no, no pude llorar aunque sí, sí que tenía lágrimas adentro pero no, no se animaron a salir, o apenas algunas, puede ser. Aquella Isabel sí, sí que siempre había sido comprensiva conmigo y no, no me había fallado nunca y sí, sí que yo la tenía hasta ese momento como mi mejor amiga y confidente hasta que no, “no” dijo esa tarde de lluvia aunque dos o tres días después de la fiesta dijo sí, sí que ella hubiera querido invitarme, pero no, no me invitó porque sí le había hecho caso a los otros que no, no querían, aunque días después ellos mismos juraron que sí, que ellos no, no habían dicho que no sino que sí, que bueno, que vaya al cumpleaños, aunque yo no les creí porque sí, sí lo habían hecho.

O no, quizá en realidad este embrollo no comenzó con los quince de la otra Isabel de Rosario, que también eran mis quince, y sí cuando tenía casi diez años en esos carnavales y entré corriendo a la cocina y le dije a mi mamá que ya me había bañado y no, no voy a volver tarde y sí, sí que quería ir al corso que se hacía ahí nomás a tres cuadras de casa y no, le prometí a mi papá que miraba la tele, no me va pasar nada y que sí, sí que ya era grande y sabría cuidarme y que no se preocuparan porque sí. Y entonces caminé todo contento hasta que llegué pero no, no al corso y sí a la casa de

Isabel a la que no había visto en todo el día y ahí pasó que sí, que llamé pero no, no salió ella y sí salió el tío para decirme que no, no estaba Isabel pero que sí, sí que igual podía entrar y no, no le dije que no al tío de Isabel, sino que le dije sí, que bueno, sí que lo acompañaba adentro y no, no tenía miedo, por qué iba tener miedo, nada de miedo tenía, y una vez en la pieza mentí que sí, sí que ya había visto montones de fotos como esas en que las mujeres no tenían nada de ropa y que sí, sí que me sentía bien y que no, no me molestaba lo que él me estaba haciendo y que sí, sí eran hermosas las mujeres así, desnudas, y al final, cuando se cansó de resoplar a mis espaldas, le dije que no les contaría nada a mis padres ni a nadie y que sí, sí que me iría derecho al corso que ahora estaba a menos de dos cuadras pero no, no fui al corso y sí volví despacio a mi casa y les dije a mis padres que no, no me gustaba ni un poquito el carnaval y que sí me iba a dormir. Aunque luego resultó que no.

Y años más tarde fue cuando sí, sí me desperté de la borrachera de aquella noche en aquella fiesta y pasó que no, no la Isabel de Rosario pero sí, sí la Isabel de Buenos Aires, la que días después me gritaría al oído lo que pensaba de mí, no, no descansaba a mi lado sino que sí desperté solo pero no, no en lo del Lito Branca sino que sí, sí en otro departamento que no, no conocía aunque luego supe que sí, sí era de Isabel. De eso me enteré cuando ella llegó al rato de haberme despertado y me dijo que no, que nunca había llevado a ningún hombre a ese lugar y yo le pregunté si sí, si era verdad y ella me dijo que no, que era mentira pero sí, sí era verdad que nunca lo había llevado tan pronto y con tanta ilusión y con tantas ganas de disfrutar, y mucho menos en las condiciones en que me había llevado a mí, y juró que sí, que tuvieron que ayudarla para arrastrarme hasta allí y yo dale que no, que no podía ser. Y así estuvimos un rato bastante largo que sí que no que no que sí mientras yo me fijaba cómo estaba decorado el lugar y decidía que sí, sí que me gustaría quedarme a vivir allí mientras ella me decía que no, no lo había pensado pero después de todo sí que pintaba bien la cosa y no, no le disgustaba para nada la idea porque creía que sí, sí se estaba enamorando de mí y yo no, no le pude decir que no, mejor que no, y dije sí, bueno, sí, me quedo y vemos qué pasa.

Y así fue que no, no me fui y sí me quedé a vivir con ella que no se impacientó y sí, sí intentó hacerme el amor de todas las formas imaginables pero sólo imaginadas porque yo no, no, no encontraba ya más excusas y le decía que sí, sí extrañaba mi ciudad o que no, no me acostumbraba al clima de Buenos Aires o que la cama así o así o le decía sí, mañana seguro sí y que no, que no me echara, que adónde iba a ir a parar, si no conocía a nadie. Y ella sí, sí que tuvo paciencia una semana o poco más hasta que no, no aguantó la situación y así llegó el momento en que yo sí, como casi todos los días todo el día, no, no hacía otra cosa que dormir y por eso sí dormía en su cama que ella quería que fuera la nuestra aunque yo no lograba darle el gusto. No y no. No hasta que esa noche sí, sí que ella entró con todo derecho a la habitación y me gritó al oído lo que pensaba de mí en una sola palabra de apenas cuatro letras y no, no tuvo piedad y entonces sí, sí que mi cuerpo comenzó a crecer y a prolongarse como no, como no se había prolongado nunca en su puta vida de no saber si sí o si no, y aunque yo no pudiera creerlo sucedió que sí. Sí. Definitivamente sí. Una y mil veces sí. O sea.



Viajeros

Qué raro.

Algo así pensó el doctor Ledesma al salir de su casa esa mañana, y enseguida siguió, cómo puede ser que todavía esté tan oscuro si estamos en pleno verano, si el calor ya me ha hecho transpirar y el sol debió haber salido hace rato. Algo así, tal vez de manera más confusa, habrá pensado. Pleno verano, sin dudas, si el día anterior había regresado de sus vacaciones en playas lejanas, playas con mar caliente y arenas suaves y mujeres rubias y suaves y calientes, y el mar y su entorno volvieron a su recuerdo en ese instante en el que la oscuridad lo abarcaba todo y entonces volvió a decirse, qué raro todo esto, ¿para qué volví? Pero no había caso, había regresado y la noche estaba allí. Allí. ¿Y

él? ¿Podría haberse confundido tanto? Intentó consultar el reloj, el reloj era nuevo pero no pudo ver qué marcaban las agujas, así que entró de nuevo en la casa y encendió la luz y ahí confirmó que la hora era la de siempre, la que transcurría mientras atravesaba el largo jardín para dirigirse hacia la estación y tomar el tren, el que le permitía llegar temprano al centro de la ciudad, cada día el primero para atender y dirigir la clínica de su propiedad. Pero esa mañana las cosas parecían enmarañarse. En fin. Ya que la oscuridad podía aceptarse como un hecho incontestable, y como ya hacía rato que estaba parado en la vereda y se había ido acostumbrando, caminó sobre ella. Lo incomodaba ese dolor en su espalda, comenzado durante las vacaciones, pero más lo incomodaba el sentir tanta neblina cubriéndolo y al acercarse a la esquina pensó que sería oportuno comentar algo con el muchacho que vigilaba, no hubiera tenido nada de extraño, solía intercambiar de vez en cuando alguna palabra con él, que, si no recordaba mal, había nacido en un pueblo cercano al suyo, en aquella provincia del norte, eso le había contado alguna vez, sí, ahora estaba seguro, fue una mañana que había amanecido muy contento por algo que ahora no recordaba, pero su paisano no se había esforzado en ser alguien importante y ahora no se hallaba en la casilla, no, ni en la casilla ni en ninguna parte, en realidad parece no haber nadie en la calle hoy, porque no es solamente la oscuridad, ni un ruido se escucha por aquí, se dijo al mismo tiempo que esbozaba algún gesto de preocupación o de fastidio. Luego pareció resignarse y así siguió. Caminó algunos pasos, cinco o seis tal vez, volvió a consultar el reloj sin éxito y continuó andando rumbo a la estación, al menos eso creía con alguna certeza. Durante el trayecto se cruzó con la posibilidad de alguna silueta a lo lejos y además algún perro. O quizá dos.

Al llegar, nadie en el andén, y encima la noche daba la impresión de haberse perfeccionado durante la caminata. El doctor Ledesma, sin motivo aparente, se tranquilizó un poco y hasta silbó una vidala, cosa rara en él, hacía muchos años que no lo intentaba, desde su época de muchacho. Allá en su pueblo todos le decían que silbaba bien, muy bien, dale, silbate algo, Eliseo, le decían sus amigos cuando se juntaban a la noche en la esquina del almacén y después volvía tarde y la madre lo esperaba y le servía la comida. Los amigos, qué habrá sido de ellos, casi veinte años sin verlos, apenas alguna noticia de vez en cuando, muy a las perdidas. Trató de recordar algunas caras, por ejemplo Luis, qué sería de su vida, en la escuela primaria Luis lo había aventajado, siempre. Sin dejar de silbar se dirigió hacia la boletería, tal vez ahí le pudieran informar la causa de tanta neblina y silencio, quizás el empleado había escuchado alguna noticia en la radio, una novedad que justificara ese panorama, sí, eso podía ser, y mientras avanzaba veía una luz muy tenue, no muy lejos, ahí nomás, y a medida que se acercaba la luz iba empalideciendo, aparentaba achicarse con cada paso, y cuando creyó llegar ya la luz había desaparecido, por completo, como si nunca hubiera existido, nunca la luz ni la boletería, tan sólo sombras abarcándolo todo, ahí, ¿en el andén?, ¿seguro que en el andén? Entonces se sintió débil, súbitamente débil, y buscó sentarse en el refugio, a tientas bajó los cuatro peldaños y se dijo que en algunos minutos llegaría el tren, lo tenía todo calculado, cada día de trabajo había sido así. Y sin embargo. Se equivocaba, apenas se había sentado cuando el ruido del tren comenzó a llegarle, parecido al de cada jornada y al mismo tiempo diferente, como si el ruido esta vez lo nombrara. Entonces subió la escalera, se asomó y con alguna dificultad lo vio aparecer al salir de una curva, ¿una curva? Su tren, claro que era su tren, aunque esta vez pareció surgir de una especie de túnel y luego se detuvo lenta, muy lentamente frente al doctor Ledesma, que permaneció quieto, muy quieto ahí en medio del andén, enmarcado por el humo que emanaba de la máquina. La oscuridad en ese momento comenzó a no ser tan espesa, al menos así le pareció. La puerta del único vagón quedó justo frente a él. Entonces respiró hondo y se agarró fuerte y subió. Una campana sonó dos o tres veces en la estación, desde la locomotora llegó la respuesta, y la formación, la escasa formación, se puso en marcha.

Al principio se sintió un poco mareado, pero el malestar duró poco. Se afirmó mejor y comenzó a recorrer el vagón de asientos marrones y penumbras, y, ya casi a punto de aceptarse como el único pasajero, escuchó una voz invitándolo, venga aquí, mi amigo, venga, no me mire así, acérquese, acá lo estoy esperando, ah, muy bien, bienvenido, parece que seremos dos en este viaje, dos nomás. Tal

vez debería haber respondido que no podía ser, que era imposible, el dueño de esa voz se equivocaba, al fin y al cabo un error lo tiene cualquiera, porque cómo podía ser que lo hubiera estado esperando a él, al doctor Eliseo Ledesma, que si bien tomaba todas las mañanas el mismo tren para llegar temprano a su clínica, no conocía a ninguno de los que viajaban, él no conversaba con nadie, jamás, y mientras pensaba o decía o creía pensar o creía decir éstas u otras cosas parecidas, el tren había arrancado y él se había deslizado quizá sin querer hacia la voz, se aproximó y el que había hablado repitió la invitación con un gesto de la cabeza, y entonces se vio sentado frente a ese hombre bastante corpulento y de piel oscura. Lo miró con atención. La piel, además de oscura se le ocurrió gastada, su cara le resultó vagamente familiar y luego, varios minutos después, cuando el tren ya había alcanzado una velocidad tal vez excesiva, le vio el mazo de cartas en las manos y bien pronto pudo apreciar la habilidad demostrada y el hombre volvió a hablar y mezclando las cartas le repitió bienvenido al tren, qué le parece si mientras vamos regresando jugamos para pasar el tiempo, así amenizamos el viaje, que va a ser largo según creo. Él no contestó enseguida, tal vez trataba de comprender el sentido de las palabras. Luego dijo algo, tosió un poco, miró a través de la ventanilla y notó que afuera estaba tan oscuro como antes, como cuando al salir de su casa esa mañana había pensado algo así como, qué raro, y más raro aún, porque una segunda mirada por la ventanilla, luego de parpadear un par de veces, le permitió advertir que el día se había transformado, un gris impreciso se debatía con el atardecer, ¿el atardecer? También el tren parecía haberse detenido o al menos aminorado su andar impetuoso, y eso le permitió ver con bastante nitidez el patio de una casa, una casa en medio de la inmensidad, y allí una mujer morena descolgaba la ropa y miraba cómo tres o cuatro chicos jugaban a la pelota. Ella pareció gritarles algo, que tengan cuidado tal vez, que no se fueran a lastimar, aunque lo que más le llamó la atención fue la tanta tristeza que emanaba de la ancha figura de la mujer que colgaba la ropa en el patio de esa casa y que bien pronto desapareció de su vista. Ya no hubo nada más afuera, el paisaje se borroneó al tiempo que un movimiento brusco sacudió el andar del tren, entonces volvió su mirada al interior del vagón. El hombre sentado justo enfrente de él continuaba allí, tan grande y oscuro como antes. Mezclaba las cartas a intervalos regulares y parecía haber adquirido rasgos más juveniles. El doctor Ledesma se acomodó en su asiento, notó que el dolor en la espalda había disminuido, se había tornado casi imperceptible, apenas un recuerdo del dolor. En ese momento pensó de nuevo que ese rostro le recordaba a alguien, a quién se parece este hombre, se dijo, pero claro, él había tenido que atender a tantos y tantos pacientes, bien podía ser que se tratara de alguno de ellos, y sin embargo no me parece que por ahí ande la cosa, aunque no hay caso, no me acuerdo, concluyó, y quizás hubiera dicho algo, pero no supo qué decir o cómo iniciar una frase cualquiera, y el hombre, que seguía mezclando las cartas, que parecía sonreír cada tanto, le dijo que no se preocupara, ¿sabe una cosa?, tengo la impresión de que hace mucho tiempo que usted no juega, además no parece andar con ganas, y agregó que él tampoco andaba con mucha voluntad, que en vez de jugar bien podían conversar un rato, ¿qué le parece si charlamos un poco?, preguntó en apariencia sin aguardar una respuesta. El que mezclaba dejó de hacerlo y dijo entonces, deje nomás que empiezo yo: todos tenemos algo de qué arrepentirnos, yo he matado a un hombre. Sin énfasis lo dijo, como si hubiera dicho que el vagón o que el cansancio o que el tiempo. He matado a un hombre, repitió, y ante el gesto de incredulidad del que lo escuchaba, lo miró fijamente y siguió, sí, hacía calor, y no es una excusa, solía hacer mucho calor en el pueblo, yo era joven y tenía por entonces siempre mucha sed y nada de plata y esa noche esperé que el boliche cerrara, forcé la puerta y entré y agarré unas botellas y las metí en el bolso, y cuando ya me iba, cuando ya en la calle me creí a salvo, sentí a mis espaldas el grito del que resultó ser el comisario pero yo qué sabía, yo no sabía nada en ese momento, solamente que la sed me quemaba la garganta, y escuché como en un mal sueño largá lo que llevás ahí y levantá las manos, y yo hice al principio lo que la voz me ordenó, apoyé el bolso en el piso, y apenas lo apoyé pegué un salto hacia delante y desenfundé y contesté con un único balazo, siempre tuve buena puntería, y siempre fui rápido, no vaya a creer, y aunque él alcanzó a herirme fue muy poca cosa, acá en el brazo izquierdo, ¿lo ve usted?, sí, así nomás fueron las cosas aquella vez, a él lo velaron y yo finalmente escapé, tuve que escapar, me fui y de nuevo creí ser libre y de nuevo volví a equivocarme, porque viví años terribles, casi como

veinte años de una pesadilla, así, con su último gesto de sorpresa y muerte en mi conciencia, y ya no pude vivir en paz, no, todo este tiempo con su cara final ante el fogonazo me ha hecho daño, mucho daño, me ha perseguido en todos los momentos, y su boca que sangra pregunta y pregunta ¿qué me hiciste?, y es por eso que subí a este tren y ahora vuelvo para allá, porque ya no puedo soportarlo, ya no más, ¿me entiende?

Más o menos.

No importa, ya va a entender, todos entendemos alguna vez, ¿y usted?, ¿de qué se arrepiente usted?

¿Yo?

El doctor Ledesma comenzó a fumar un cigarrillo que el otro le había convidado, las dos volutas de humo se trenzaron a la altura de las cabezas. Cuánto hacía que no fumaba, aquella tarde bajo el puente tal vez, cuando quiso impresionar a Graciela, ¿se habría casado?, ¿con Luis?

Gracias, viene bien un cigarrillo, porque.

¿Yo?, no, de nada me arrepiento, mi vida ha sido una vida normal, la vida de alguien que se propone una meta y la consigue, ya que estamos le cuento, cuando terminé el secundario dejé mi pueblo, la muerte de mi padre aceleró las cosas y abandoné ese lugar, un pueblito sin esperanzas perdido allá en el norte del país, rodeado de montañas como las que ahora se ven ahí afuera, mire, vea qué enormes y hermosas son, ah, ¿las conoce usted?, y entonces me marché con los ahorros de mi familia, mi madre me dijo el dinero es para vos, llevátele, y eso hice y estudié con entusiasmo y me recibí de médico, me ha ido muy bien y no he vuelto nunca, ¿sí extraño a mi gente?, a veces he extrañado, creo que sí, pero he tenido tan poco tiempo, todo fue tan rápido, eso sí, cada tanto les he mandado algo de dinero y también les escribí diciéndoles que por qué no se venían un tiempo para acá, pero no, ellos no quieren moverse de allí, tengo dos hermanos menores, con poco se arreglan, no tienen grandes necesidades, en fin, he conseguido una buena posición, soy dueño de una clínica, mis colegas me respetan, tengo cierto prestigio bien ganado, he viajado por el mundo, no, mire, le soy sincero, nada de qué arrepentirme.

Terminó de hablar y miró hacia afuera, el día se presentaba ante sus ojos claro y luminoso, un amanecer quizás. Y entonces la vio otra vez. La casa en la inmensidad. La misma casa de antes. En el patio, un hombre ayudaba a la mujer morena que colgaba la ropa, y a él le pareció que ella cantaba, que era feliz, eso le pareció, muy feliz. La delgada figura de la mujer se le quedó largo rato en la memoria. Trató de entender.

Así que, mire usted, me alegra saber que no tiene motivos de arrepentimiento, me alegra y me extraña, quiero decir, me extraña que entonces usted esté aquí.

El doctor Ledesma le quiso preguntar algo y no tuvo chance. El hombre dejó por fin el mazo de cartas a un costado, inclinó la cabeza hacia la derecha, se recostó contra el asiento y cerró los ojos.

Y así estuvieron viajando durante un tiempo imposible de precisar. El tren parecía flotar, se deslizaba en silencio, con un transcurrir tranquilo por momentos, con algunas ráfagas de velocidad en otros, aunque la mayor parte del tiempo parecía no avanzar. Eso, flotar.

Tal vez él se haya quedado dormido también, puede ser, no lo recuerda, no está seguro, fue un viaje largo, muy largo, lo que sí recuerda es que las caras eran muchas y de gran felicidad en el pobre andén, cuando el tren llegó, que el hombre que mezclaba las cartas ya no estaba en el vagón cuando quiso despedirse, pero sí que allí abajo estaban, y los vio enseguida, sus dos hermanitos vestidos

con guardapolvos, al parecer listos para ir al colegio esa mañana, la mañana de cuando el tren llegó, la mañana en que vio también a Graciela tan bella, vestida como los domingos, a Luis no lo vio, pero había tanta gente allí, todo el pueblo quizás, y también su madre lo esperaba, como siempre cuando volvía tarde de la esquina del almacén, aunque no, esta vez más contenta que nunca, porque lo buscaba con la mirada a él, a su hijo, mi hijo el más grande solía decir, sí, el más grande, que todavía no había bajado, que todavía no los había abrazado, que todavía no se había encaminado hacia el pequeño hospital del lugar, que todavía no había atendido a ninguno de sus amigos ni a ninguno de los hijos de sus amigos, y la madre después de abrazarlo y de llorar en el pobre andén le contestó que no, que ella no había visto bajar a ningún otro allí, nosotros sabíamos que te ibas a hacer doctor y te ibas a venir enseguida para acá, que tanta falta nos hace, todo el pueblo está orgulloso de vos, y tu padre, Eliseo querido, tu padre no ha podido venir a recibirte porque lo hirió anoche un ladrón, pero está bien, no te preocupes, ya lo vas a ver, y mejor va a estar cuando vos vayas y lo cures, ¿qué dijiste?, no, casi nada, apenas un rasguño en el brazo izquierdo, ¿el ladrón?, se resistió y tu padre tuvo que matarlo, ¿sabés?



A Través de las Noches

El hombre tardó en reaccionar, durante unos instantes creyó que las llamadas formaban parte de un sueño. Se hallaba nadando cerca de la costa de una playa desierta y fue entonces cuando oyó al teléfono sonar cinco o seis veces. Una vez fuera del agua y luego de cruzar un breve tramo de playa, con el brazo extendido y chorreante, alcanzó a encender el velador. Miró el reloj, mientras tiritaba manoteó el aparato en la mesita de luz y atendió. Hola, sí, hola, quién habla. El sonido del mar lo invadía todo. La habitación, además, parecía desestabilizarse. Hable más fuerte por favor. El hombre cubrió su cuerpo con la sábana. Entonces reconoció a la que había llamado. Hubiera tenido que explicarle por qué esa primera frase le había salido con la voz agitada y casi en un grito, es que nadaba un poco y ahora el ruido de las olas al romper, tendría que haber dicho, pero no quería dar explicaciones. Me sorprendiste, no esperaba tu llamado, no tan pronto y menos a esta hora. Un barco pasaba a lo lejos, era grande y parecía irse. Eso no se me había ocurrido, viajar en barco, irme lejos, irme del todo. No importa, está todo bien, sí, claro, dormía. Se distrajo por la conversación, algo entrecortada, y cuando lo buscó en el horizonte ya no vio el barco, sí a las gaviotas, cuántas serían, imposible contarlas, si al menos una se lanzara en picada y viniera a revelar a él sólo cómo es ese asunto de volar y así desaparecer en lo alto, luego de tomar la fuerza necesaria para despegar y no regresar jamás. Volar, eso estaría bueno. Por qué no te iba a atender, no te di acaso el número del hotel. Alzó la vista y vio venir a la mujer, la misma que le hablaba desde el otro lado del aparato, se acercaba lenta y desnuda, distante todavía, pero era ella y el viento le desplegaba los cabellos, algo más rubios que antes. Te teñiste el pelo, quizás. Ella se acercaba, sin mirarlo pero se acercaba, con esa su manera tan especial de andar. No sé por qué te lo pregunté, se me ocurrió esa idea, te quejabas a menudo del color de tu pelo. La notó también más delgada, bastante más delgada, pero no quiso preguntarle, le gustaba así, como al principio. Ella se detuvo a unos pasos de él, que permanecía acostado, con la cabeza reclinada sobre una toalla o un bolso o simplemente un poco de arena tal vez. Te lo dije antes de viajar, quería poner distancia, y me gusta el mar, me aclara las ideas, por eso vine. Ella hizo un gesto que él interpretó como de duda, parecía querer aproximarse más y carecer de ánimo, el hombre pensó entonces en hacerle un ademán que la estimulara, pero no lo hizo. Y vos, contame, cómo andás vos, y la nena, pregunta acaso por mí. Lo escuchó claramente, el hombre giró la cabeza en dirección al grito, el grito lo había llamado e incluía la palabra papá, buscó con la mirada, parecía haber sonado cerca, unos médanos con algo de vegetación, eso vio, tan sólo eso. Lo que le sucede es normal, ya lo conversamos bastante, ambos sabíamos lo que iba a pasar con la nena. La mujer lo miraba, parecía reprobar sus palabras, tal vez tuviera razón, y sin embargo, qué otra cosa podía decir. Claro que voy a volver y que la voy a ir a buscar. La luz de la habitación pareció ceder un poco, un problema en la electricidad del lugar, o alguna nube tal vez. Miró el cielo, sí, en efecto, una nube, solamente una y leve, pronto se corrió y

lo dejó de nuevo de cara al sol, hacía calor, mucho, su cuerpo lo sabía y transpiraba, se destapó un poco, si pudiera alcanzar la perilla del ventilador, pero está tan lejos, es tan difícil todo, aquí, en la playa, pensó. Eso me preocupa, ella siempre se portó bien en la escuela. De nuevo el grito, y de nuevo los médanos y la vegetación, algo más profusa que antes, y unos pasos que se iban apagando, yéndose. Te prometo ocuparme cuando regrese. El viento sopló un poco más fuerte, algo de arena le entró en los ojos. El hombre se movió y la cama hizo un ruido, o quizás el ruido llegó de afuera. De eso prefiero no hablar, por ahora pienso que es mejor dejar las cosas como están. Se restregó los ojos, se hizo un poco de daño, una molestia a veces la arena. Ella al parecer aprovechó el parpadeo y giró, quedó de espaldas a él, de frente al mar, pero no caminó. Sí, mucho más delgada y rubia. Démonos tiempo, es lo mejor para ambos. Comenzó a alejarse hacia la zona de los médanos, lenta y desnuda, él no la siguió, prefirió la quietud del cuerpo, tan pesado entonces. Me quedo unos días todavía, estoy bien acá, duermo mucho. La mujer miró a los costados, se había detenido y parecía buscar algo y no encontrarlo y desesperar. Son las siempre lamentables ideas tuyas, no estoy con nadie. Ella insistió unos instantes con la mirada, luego retomó el paso, aunque su aroma quedó flotando en el aire algo húmedo de la mañana. No me amenaces, eso no te lo creo, vos no sos capaz de hacer algo así. Miró de nuevo el reloj, todavía faltaba bastante para el amanecer. Ella cortó con violencia y así desapareció de la visión del hombre, que apagó la luz y se acomodó entre las sábanas, hacía calor, mucho, el agua estaría linda, se dijo. Al rato caminó por la playa, la brisa le hizo bien y lentamente se acercó al lugar por el que la había visto irse hacía no demasiado tiempo, cuánto tiempo, se preguntó. Permaneció un momento allí, el sol le dolía en la espalda y sudaba con todo el cuerpo. Si pudiera disfrutar un poco más del agua, eso estaría bueno, pensó y se abrazó a la almohada. Luego, se dejó llevar por la fuerza del oleaje y nadó hasta despertar.

Cenaba, ahora el hombre cenaba, casi sin ganas comía algo que no acertaba a reconocer, se lo habían servido hacía ya un rato largo y el humo que se desprendía de la comida lo rodeaba, le producía una sensación de mareo, lo incomodaba. En el lugar, las personas y las penumbras y los olores iban y venían. Las mesas del salón se habían ido ocupando poco a poco, a cada instante aumentaba el ruido de las voces y de los cubiertos al chocarse. Unos chicos corrían entre la gente, una nena rubia reparó en él y lo miró durante unos instantes, él no le dijo nada, y cuando la nena le sacó la lengua ya no era rubia y enseguida desapareció. Enseguida una mujer, subida a unos zapatones con tacos altos, se levantó de una mesa vecina, se acercó con paso violento, su teléfono sonó ya cinco o seis veces, por qué no atiende de una buena vez, dijo. Con torpeza, sorprendido, se desembarazó de las sábanas, encendió la luz y buscó el aparato. Ah, sos vos de nuevo. La mujer que lo había alertado permanecía frente a él y parecía dispuesta a no moverse, lo miraba con prepotencia, le pareció que hasta con odio lo miraba. Entonces trató de ignorarla y de concentrarse en la voz que venía del otro lado. Sí, estoy despierto, hablaré nomás. La mujer del salón persistía en enfrentarlo, aunque ahora más rubia y delgada y con una expresión diferente. Como él se mantuvo callado durante un tiempo bastante largo, la mujer retomó su aspecto anterior de gordura y prepotencia y volvió a su mesa, no sin antes dedicarle un gesto de fastidio. Sí, claro que te escucho, no hago otra cosa que escucharte. Un mozo de negro y con bigotes se aproximó para consultarle, si quiere le hago calentar la comida, se debe haber enfriado. No, gracias, contestó el hombre, pero el mozo se inclinó y levantó el plato. Es el reglamento del hotel, le dijo. Bueno, está bien, no importa. No, no hablaba con vos, claro que me importa lo que decís. Todos los habitantes del salón se habían detenido, parecían muñecos y ya no comían, lo miraban en silencio, atentos, como si ellos fueran los espectadores y él una austera obra de teatro. Los mozos también lo observaban, el conjunto parecía una foto, una curiosa foto. En realidad no hablaba con nadie, con quién voy a hablar, no insistas con lo mismo. Un par de gatos comenzaron a dar vueltas alrededor de su mesa mientras una canilla goteaba en alguna parte, la cocina quizás, o el baño. Se escuchó el ruido próximo de algo al romperse, una copa a sus espaldas y contra el suelo posiblemente. Alguien gritó. No pudiste haber escuchado a nadie, por última vez te lo digo, vine solo, estoy solo y quiero seguir solo. En ese momento notó un cambio en la iluminación del lugar, es que al acostarse había dejado el televisor prendido, antes no había reparado en él y ahora la pantalla exhibía una película en blanco y negro, una vieja película. Basta de esa historia tan repetida, pará de lloriquear y contame cómo anda la

na. Los espectadores, aburridos tal vez pues la conversación no derivaba en nada interesante, decidieron levantarse, todos, con fragor de sillas y mesas y saludos. En pocos minutos el público despejó el salón y los mozos comenzaron a divertirse, se arrojaban las sobras y los envases vacíos, parecían ser cientos y seguían surgiendo desde todos los rincones. Un grupo se hizo fuerte detrás del mostrador y desde allí resistía los embates del enemigo que avanzaba. Cómo que no querés hablar de la nena, y de qué querés hablar entonces. Una mujer, en este caso para nada rubia y delgada, sino más bien obesa y morocha, había entrado al lugar y, en medio de la guerra ya desencadenada, fregaba el piso con una voluntad a toda prueba, parecía haberse encaprichado con una mancha que el hombre, desde su lugar, no alcanzaba a ver. No te hagas la nerviosa, te conozco, muy bien te conozco. Demasiado, eso decía la mujer que fregaba, es demasiado para mí sola, vienen tan elegantes los señores con sus putitas y ensucian todo, seguro que en sus casas hacen lo mismo. Me da lo mismo, hacé lo que te parezca. La mujer que fregaba estornudó, se pasó una mano por la nariz, maldijo a los comensales ya ausentes, eructó dos veces y siguió en lo suyo mientras los mozos, en una mesa tan rebosante como alejada, ya bastante apaciguados, algo lastimados comían, tomaban y se reían, tal vez se reían de él, eso es lo que supuso el hombre, de quién otro, se ríen de mí. No, vos no, ya sé que no te reís vos. El hombre sí tuvo entonces ganas de reírse, de sentarse con los otros y tomar junto a ellos unos tragos de algo bien fuerte, pero no, mejor no, mejor ceder. Está bien, mañana vuelvo, no creas que es por tus amenazas, ya sabés que no te creo capaz. Uno de los mozos se acercó a la mesa del hombre, cargaba una fuente con comida, la fuente chorreaba y olía mal y echaba humo y, no, ya no quiero comer, váyase, váyanse todos de aquí, déjenme dormir en paz. Dejó una propina, el billete comenzó a flotar y los mozos estallaron en carcajadas y él también sintió que flotaba y se vio de pronto en la cama, y así se alejó del comedor, a través de una galería de colores impetuosos, entre las burlas de los que quedaban, insultado, vencido. Quedamos así, mañana ando por allá. Con un movimiento algo desajustado apagó la luz e intentó conciliar el sueño. Lo logró mucho después, aunque seguía sin hambre, con la mesa servida y la gente mirándolo, a él, tan solo. Ya nadie reía a su alrededor.

Cambié de idea, decidí mostrarme, postergar el regreso y mientras tanto salir a la calle, no acostarme en absoluto y caminar, caminar hace bien a la salud, eso dicen y yo debería estar convencido de ello, tantas veces se lo habré repetido a mis pacientes. Ja, qué risa. Caminar, como si fuera tan fácil. Hace frío, tengo frío, hace y tengo, debería haberme abrigado, antes, porque ahora ya hace un buen rato que recorro la peatonal desierta, oscura por demás, y bajo la presencia de la noche apenas se nota aquella luz tan tenue, cuántas cuadras de oscuridad habrá que atravesar para alcanzar aquella luz que por momentos existe y por momentos desaparece de mi vista. Cuando la vuelva a ver cerraré fuerte los ojos y la mantendré fija en mi memoria, y así andaré, ojos cerrados en calles oscuras, sería hasta gracioso si no fuera verdad. Ahí está de nuevo, ya es mía esa luz, la atrapé y hacia ella voy. Mis piernas se mueven y me llevan, mis pies descalzos sobre la alfombra de la habitación que se extiende a medida que avanzo. Es increíble, he llegado tan pronto que dudo. Sin embargo entro, el lugar de la luz hasta hace un rato lejana resulta ser una especie de quiosco largo, muy largo, tal vez infinito y con los estantes casi vacíos. Observo al hombre que supuestamente debería atender a los clientes que se animan a entrar, por qué no me atiende entonces, es muy alto y casi, eh, no puede ser, sucede de nuevo, el teléfono ha comenzado a sonar, por qué el tipo me mira desde ahí arriba y no responde, seguramente sonará cinco o seis veces, no las puedo contar, me pierdo, pero no importa, casi lo sé. El hombre al final levanta el tubo, detrás del mostrador escucha y yo lo miro escuchar, parece no interesarle lo que le dicen, no contesta, desacomoda unos papeles, le noto un gesto de disgusto, viene hacia mí, parece acusarme de algo, pero apenas me dice es para usted, tome, atienda. Un paquete de cigarrillos, le pido, sí, esos, o cualquier otra marca, da igual y contesto. Hola, vos otra vez, me lo imaginaba. Cualquiera, sí, ya le dije que cualquiera me da lo mismo, solamente quiero cigarrillos que me echen humo adentro, humo del peor. No es para armar tanto escándalo, solamente decidí pasar una noche más acá, ya te dije, creo que te dije, acá duermo mucho, y no tengo pesadillas. Y unos fósforos. No, para quemarte no, te lo juro, todavía no, simplemente para ayudarme a encender un cigarrillo y fumar y toser y seguir fumando. La busco

con la mirada, tan seguro de encontrarla entre la multitud que ha entrado al local, y en efecto ya está aquí, ahí nomás, de pie en un rincón, inconfundible, otra vez más rubia y delgada y desaprobando mi actitud. Sí, he vuelto al vicio, y qué, cuál es el drama, no debería importarte, ya no soy tu problema. Alguien me lleva por delante y no sé si se disculpa y se va despacio. Pago o creo pagar los cigarrillos, los fósforos, no se olvide, ah, oiga, caballero, una cosa más, me llevo el teléfono, para no molestar acá parado. Que me vaya dice el hombre desde su boca en su cara puesta tan arriba. Se me ocurre un chiste acerca de su altura pero decido que mejor me callo, y me voy. No, no me voy, adónde voy a ir si estoy en la cama, te escucho, dale, vos hablá y yo te escucho mientras bostezo. Ya en la calle, la multitud se mueve, me lleva. Por la esquina pasa un trencito lleno de colorinches, los chicos gritan, sacan las cabezas por las ventanillas y cómo gritan los muy felices, si al menos uno dejara de gritar, uno, ni dos ni tres, solamente uno. Sí que la oigo gritar a la nena, dame con ella, por favor. La muchedumbre empuja, alguien me quiere vender algo, no logra convencerme, necesito otra cosa pero no ofrecen lo que quiero. Por qué no me dejás hablar con ella, complicás todo. Mi andar se complica, ni que fuera verano y calor, los paseantes andan con remeras, blusas, polleritas, pantalones cortos. No, no corto, soy todo oídos. Hay mucha gente alrededor, arriba y abajo, la habitación es chica, debería ser chica para alojar tanta cantidad. Si estoy sólo como un, quiero decir que, no importa, es inútil. Es inútil que trate de resistirme, un policía o algo parecido pide ver mis documentos, le muestro que el pijama no tiene bolsillos, cómo pretende que lleve documentos encima si estoy durmiendo. No parece muy convencido con mi explicación pero se va, a cambio llegan unos perros, o acaso son parte de la obra de teatro que unos tipos se lanzaron a representar en plena vía pública, o en el fondo del espejo de la habitación, no sé. No sé qué pretendés, mejor la seguimos en otro momento. Alguien que pasa pregunta la hora, miro el reloj en la mesita de luz, le contesto en medio de un bostezo. Bostezo porque aburrís y bastante con tu cantinela. Hace bien a la salud el caminar, recuerdo, entonces camino y unos payasos me siguen, imitan mi paso, se ponen una mano en la oreja y hacen como que hablan por teléfono, no son para nada graciosos pero el público aplaude. Me doy vuelta. Está bien, mañana salgo para allá, sí, ya sé que anoche te dije lo mismo, ahora es en serio. Se burlan de mí. Chau. Corto la comunicación, ellos también, los payasos, cortan todo intento de gracia y los pierdo. Vuelvo al negocio o tal vez el negocio vuelve a mí. No hay nadie ya, ni siquiera ella de pie en el rincón. Devuelvo el aparato, la misma mueca de disgusto en la cara del hombre. Quizás para disculparme compro una muñeca y salgo, antes tropiezo, mis zapatos, a lo mejor choqué contra mis zapatos, alguien ríe a mis espaldas, enciendo al fin un cigarrillo y camino por la peatonal de nuevo desierta y oscura. Me levanto y entro al baño, no viene nadie pero igual demoro en orinar, tiro el cigarrillo en el inodoro y aprieto el botón mientras estoy en la cama y todo da vueltas y me tapo hasta la cabeza y un poco más. Recuerdo la promesa de volver, tal vez sea lo mejor. Finalmente, la habitación parece serenarse, los últimos transeúntes se van yendo lentamente. El último cierra la puerta, me propongo dormir con la muñeca a mi lado, la acaricio. A la nena le va a gustar, creo.

Por qué conducía a tanta velocidad, qué lo impulsaba, quién, si a él siempre le había gustado viajar tranquilo, manejar con cuidado y disfrutar del paisaje, qué paisaje, dónde está el paisaje, por qué se ha ocultado, se preguntó mientras su pie pisaba el acelerador. Por momentos había bastante tránsito en la ruta tan angosta. Tendría que haber salido antes de acostarse, antes de que el sueño al fin lo venciera. Cuando el teléfono comenzó a sonar justo se adelantaba a un camión que por sus dimensiones parecía no tener fin, cinco o seis llamadas fue el tiempo que demoró en pasarlo. Por eso no contesté enseguida, no pienses mal ni te imagines cosas raras. Miró por el espejo retrovisor, el camión había desaparecido. Suspiró aliviado y amagó con un bostezo y mientras una mano se aferraba al volante la otra manoteó la perilla de la luz. Si llevé bien la cuenta, ya son cuatro las noches en que me llamás a la misma hora. Nuevamente el espejo y la persecución, por qué el camión se encontraba de vuelta allí donde él no lo quería, ahora se le había pegado atrás y le hacía señales con las luces, muchas señales y muchas luces, luces grandes y enloquecidas, hubiera querido gritar, pedirle al otro que lo dejara tranquilo, que ya no lo molestara. No es un reproche para vos, vos no tenés la culpa de lo que me pasa, y la nena cómo está, seguro duerme, le compré una

muñeca, es linda, sabés. Aminoró la marcha y se deslizó hacia la banquina, pero la banquina parecía alejarse en una desenfadada carrera hacia el vacío. El camión tardó en pasarlo, parecía mentira tanto camión, y luego otro, y a continuación más y más camiones, como si fueran participantes de una competencia en la que él encarnaba el obstáculo. Llegó a una de las innumerables curvas, a la salida se topó con una propaganda de cigarrillos, se acordó que la noche anterior había comprado en ese quiosco de la calle oscura, buscó aunque sea uno en la guantera y a los pocos segundos fumó sin placer. Luego apareció un puente, debía tener cuidado, ella siempre se lo decía. Sí, tenés razón, esta vez estamos de acuerdo. De frente se acercaba un micro, muy rojo y muy rápido. Esperá un poco. El micro pasó muy cerca, el auto quedó vibrando. Sí, ahora sí decime. Mientras escuchaba se le manifestó la tentación de tirar el aparato por la ventanilla, pero comprendió que sería un gesto inútil, la conocía demasiado, volvería a llamarlo de todas maneras. Entonces miró a su derecha, la vio en el asiento del acompañante, dormida, más rubia y delgada, como en la playa, desnuda no, ahora no. Pero si ya estoy en viaje, voy para allá, no lo ves acaso. No, ella no podía verlo, dormía plácida a su lado, como antes, pero mejor no pensar en el tanto tiempo de antes. Bueno, dale, hablá, yo te escucho. Casi sonrió, colocó el aparato a un costado, sobre la falda de ella, y aceleró con ganas, con bronca, pero ya no pasaba a nadie, no había a quien pasar en ese camino tan desolado y tan de tierra, cómo había aparecido allí, cuándo había doblado, dónde. El polvo comenzó a volar al paso del automóvil y lo hizo toser. Cerró las ventanillas, ella en apariencia no se daba cuenta de nada, dormía y no quiso despertarla. A pesar de haber dejado a un costado el teléfono, el ruido del motor no conseguía apagar la voz tan aguda, el hombre no entendía lo que las palabras significaban pero el sentido de lo que expresaban lo conocía tan de memoria que levantó el tubo sólo para decirle por más que amenazas, y volvió a dejarlo donde estaba. El auto ahora nuevamente se deslizaba sobre el asfalto, un asfalto largo donde una tormenta se había desatado. El calor se había instalado adentro, por qué tanto calor, y por qué nuevamente el camión le hacía señales, el mismo enorme y persistente camión, como surgido de una pesadilla. Y esta vez el hombre gritó, basta, basta por favor, ya no soporto más. Ella no despertó por los gritos, en realidad ya no la veía a su lado, pero el camión sí, lo seguía con saña, implacable en el espejo, y al final lo alcanzó. Está bien, mirá, estoy viviendo en el consultorio, hasta que consiga algo mejor, ya definitivo. El auto se sacudió por el empujón, el hombre vio en ese instante a un motociclista volar por el aire, podría jurarlo a pesar de la visión dificultada por la lluvia, se advertía a menos de cien metros, aunque no lo vio caer, tal vez había sido atraído por la ferocidad de la tormenta, arriba. En unas horas estoy allá, vení y charlamos, pero no te hagas ilusiones. Colgó el aparato, se acomodó tras el volante, la ruta se había despejado totalmente aunque el paisaje continuaba siendo una ausencia, dio vuelta la almohada, se acurrucó, y enseguida lo atrapó el sueño, estaba en verdad muy cansado. Soñó que manejaba y que un camión.

Al fin había llegado, sucio, húmedo, deshilachado. La cuadra no se veía tal como la recordaba, y dónde estarían los muchos autos de cada día, y los árboles en la vereda, y por qué ni siquiera andaban por ahí los transeúntes siempre apurados, tan sólo aquellos perros ya alejándose entre la niebla. El portero resultó ser un viejo que barría, quién es éste, se preguntó el hombre. Ya en el interior del edificio, llamó al ascensor pero pronto se descubrió subiendo por la escalera, no quiero ir por la escalera, estoy cansado, se repetía sin poder parar de subir mientras atravesaba pisos que se iban desordenando a su paso, cada vez sudaba más y hasta se avergonzó de su olor. Recorrió el edificio, un laberinto de repetidos pasillos grises, y por el laberinto caminó hasta que en una puerta vio un cartel con su nombre y su profesión, pero al intentar abrirla descubrió que no podía, la cerradura resistía cada intento. Era su consultorio sin dudas, si después de tantos años, y eran las llaves, seguro que sí, pero las probó muchas veces sin lograr su cometido hasta que una especie de sombra apareció de repente a sus espaldas y le dijo déjeme probar a mí, y listo, mágicamente la llave giró con un ruidito de satisfacción. Quiso agradecerle pero el otro ya estaba ayudando a liberar una nueva entrada, dos o tres puertas más allá, había en verdad tantas puertas cerradas, esperando. El hombre no esperó, cruzó el umbral y vio una montaña de papeles. La correspondencia se había acumulado, es lo que había imaginado al acostarse esa noche y pensar en el asunto, en lo que le

esperaría al regresar después de los tantos días pasados afuera, pero la cantidad de sobres rebasaba lo probable, ni en sueños podía contarlos, los había de los más diversos tamaños y colores, yacían desparramados por el piso y el único que alcanzó a leer resultó ser una invitación para una fiesta infantil y de nuevo lo asaltó la duda, se encontraría en realidad en su consultorio, ni siquiera persistían los diplomas en las paredes, y ni la camilla y ni los instrumentos, dónde se hallaba entonces si no, y en esa incertidumbre se debatía cuando los llamados comenzaron. El hombre buscó el teléfono, dónde estaría el aparato, quién puede encontrarlo en medio de este desorden. Fueron cinco o seis los timbrazos hasta que la mujer se decidió a ingresar. Quiso moverse, el hombre quiso moverse pero no pudo, esa cama se había convertido en su prisión. El vértigo de creerse soñando no lo tranquilizaba, esto no es un sueño, esto no es un sueño, se repetía y trataba de liberarse de esa atadura que lo inmovilizaba, con la nuca hundida en la almohada y los brazos como toneladas. Ella había llegado, su perfume la había delatado. No mucho después la vio recorrer con la vista el sitio, complacerse y sonreír al notar la muñeca en un costado y aprobar con un ademán leve. Y luego la vio caminar alrededor, lenta, y enseguida comenzar a desvestirse con movimientos pausados, y colocar prolijamente la ropa en el perchero, y aproximarse, y encaramarse triunfal. Enseguida la sintió lamerlo, succionarlo, y finalmente musitar algunas palabras ávidas y hundirse en él, que ya no atinaba a luchar por soltarse y se mantenía con el sexo erecto a su pesar, debajo de ella, más rubia y delgada. No lo vas lograr, le dijo, ya lo estoy logrando, contestó ella poco antes de derramarse sobre el cuerpo de él. Luego, la mujer se bajó sin apuro, reía, a carcajadas reía. Al rato, su semblante denotaba más serenidad, miró las ropas en el perchero, ya no me hacen falta, mejor que lo vayas sabiendo, he ganado la partida, te conseguí y es para siempre. No sos capaz, no podés ser capaz. Ella daba la impresión de burlarse, su gesto podía interpretarse como de desafío, una bravuconada, y él se preguntaba si lo decía convencido o si solamente era un deseo a gritos porque ella no parecía escucharlo. Pero sí que lo escuchaba, porque él le dijo la ventana está cerrada y ella le respondió, es mentira, una más de tus mentiras, la ventana está abierta, mirá como está de abierta, con una sonrisa al viento lo dijo, y esa sonrisa fue como la primera, como la de aquel día en el parque cuando la lluvia comenzó y ellos no tenían paraguas y por eso. Es una locura, no lo hagas. Y luego nada más. La mujer había dejado allí su perfume y se había llevado la sonrisa a través del viento. Es una locura, pará, pará, pensá en la nena, gritó o creyó gritar de nuevo un segundo antes de despertar con los ojos llenos de lágrimas. La pieza del hotel le pareció más triste entonces, y desolada. Y ya no quiso dormir, no deseaba soñar con un lugar desconocido, lleno de cartas y paredes vacías. Y encima. No. Por eso se levantó, por eso prendió un cigarrillo, por eso pensó mucho en poco tiempo, por eso. Y por esa ventana y el viento.

Al fin y al cabo, si lo pensaba bien, había sido tan sólo una terrible cadena de sueños, esas cosas pasan, todo el mundo tiene pesadillas, se dijo el hombre mientras su cuerpo se estiraba, tendido en la cama. Pero entre los sueños y la soledad de esas jornadas de invierno transcurridas en esa ciudad de la costa, el pensamiento se le había aclarado, ya no tenía dudas. Ninguna. Caminando la otra noche por la peatonal había tomado una decisión y ahora estaba casi contento. Entonces, satisfecho, se acomodó bajo la frazada, sentía mucho frío allí, acostado en la playa desierta. Cuando abrió los ojos el barco ya se había ido, y entonces parpadeó un par de veces y vio primero la bandeja y luego un mozo que se acercaba y que faltaba poco para la hora, ella lo llamaría puntual, debía bajar y avisarle al encargado, estaba decidido a hablar con la mujer más rubia y delgada, a decirle lo que pensaba hacer, y no le pasarían la llamada a la habitación, ésa había sido la orden desde su llegada, así que no había tiempo para perder y no le importó en absoluto que la nena le estuviera sacando la lengua justo en ese instante. El camión lo volvió a pasar a gran velocidad y ya amenazaba la tormenta y él se vistió a las apuradas y comenzó a bajar, eran tres pisos hasta la recepción y no había otra cosa que hacer, solamente bajar, tan fácil bajar, tan fácil, pensaba mientras sus pies se hundían en la alfombra y los payasos se burlaban y el público aplaudía a los payasos, si es apenas una alfombra vieja y gastada, tan verde como ingobernable, por qué me hundo en ella, por qué no puedo avanzar, tan fácil bajar, dejarse ir, como caer, tan sencillo, y sin embargo, quién es usted, de dónde salió, por qué no me deja pasar, pero si yo lo conozco, usted tiene que atender el quiosco y

venderme los cigarrillos, váyase. Parpadeó un poco y fue como un conjuro contra el estorbo, que desapareció entre las sombras de ese lugar tan negro. Entonces pudo correr un poco pero un grito surgió del lado de los médanos y lo hizo detener y mirar. Luego siguió, más y más escaleras, y cuando llegó a destino comprendió que era tarde, sí, muy tarde, pues vio al encargado que colgaba el aparato con un movimiento brusco y mientras abría un diario o alguna otra cosa parecida le decía con tono malhumorado, desmentido por la sonrisa, esa mujer estaba muy nerviosa hoy, insistió mucho, demasiado, además llamó antes, sí, un poco antes que las otras noches en que usted no quiso atenderla. El hombre se pasó la mano por el pelo, la mirada extraviada en un no lugar cualquiera, es una locura, ella no puede hacer eso, pensó y deseó estar equivocado o estar viviendo una pesadilla. Sin pedir permiso tomó el teléfono y marcó el número que antes, en los otros tiempos, tantas veces había marcado sin necesidad. Primero fueron cinco o seis las llamadas, y mientras tanto el viento había comenzado a entrar por la ventana abierta, y entonces la muñeca cayó al suelo, más rubia y delgada, desnuda al partirse en dos, una locura, repitió el hombre envuelto en el perfume de la mujer rubia y delgada y en la arena que había comenzado a pegarse a su cuerpo. Luego existieron otras cinco o seis llamadas, y el teléfono siguió sonando.



Martín con Lluvia

Martín se había despertado temprano, contento, feliz esa mañana de diciembre. Y claro, cómo no iba a madrugar, si era el primer día de sus vacaciones y encima su mamá le había prometido, como premio a tanto esfuerzo y estudio y las mejores notas, dejarlo ir a jugar a la plaza de ahí en la otra cuadra de su casa. Pero, ay, la felicidad no le duró mucho, apenas hasta escuchar el primer trueno y los que le siguieron casi enseguida y así darse cuenta de la lluvia que caía y hacía un ruido bárbaro en el patio. De todas maneras, se levantó y fue corriendo hasta la cocina. Su mamá tomaba mate cuando Martín le preguntó si igual podía ir a jugar a la plaza, se pondría las botas y tendría cuidado de no resbalarse y listo. No Martín, escuchó, si más tarde para de llover te dejo ir, pero ahora no, llueve mucho, sabés. Martín se marchó nomás a su habitación, no sin antes pedirle a su madre que le avisara si paraba la lluvia, porque a lo mejor él se dormía de nuevo. Un trueno sonó muy fuerte entonces, el trueno más fuerte de todos.

Ya en su cuarto, Martín se asomó a la ventana y vio unas nubes tan oscuras tan oscuras que le dio un poco de miedo y un poco de bronca. Entonces se puso a dibujar, todos decían que dibujaba bien, muy bien. Primero hizo unos árboles y unas plantas y unas flores, luego un tobogán, y a un lado las hamacas. Cuando se dio cuenta resultó que había dibujado la plaza de ahí en la otra cuadra de su casa. La pintó toda y quedó conforme, contento, otra vez feliz. Se lo iba a mostrar a su mamá y a lo mejor con eso la convencía para que igual lo dejara ir a jugar. Pero enseguida se dio cuenta de que algo le faltaba al dibujo, ¿qué cosa le faltaba? El sol, claro, cómo no se había dado cuenta, le faltaba el sol arriba, y entonces rápido rápido se puso a dibujar un sol amarillo y le salieron sin querer unas nubes grandes y oscuras, muchas nubes así como las de la tormenta en la ventana, y dibujó luego las muchas gotas de lluvia que caían sobre el único habitante de la plaza, un pibe que le salió muy parecido a él, y claro, si era él, cómo no le iba a salir muy parecido. Una lástima la lluvia en la plaza de la otra cuadra, pensó Martín, y una lástima también comprender que ya no le podrá mostrar el dibujo a su mamá, ni a su mamá ni a nadie se lo podrá mostrar, con el papel así, todo mojado.



Tarde y Fastidio

De dónde le vendría esa idea, la tarde como un fastidio de sol, si la mañana había transcurrido en el departamento con aire acondicionado, la botella y el cenicero bien a mano, con algunas fotos sobre el sillón y otras desparramadas por el piso. Si allí adentro había mirado por primera vez en años esa película de vacaciones los tres, rescatada no supo de dónde y vaya a saber cómo y para qué. Y si recién había estacionado el auto flamante y sólo existía una cuadra hasta llegar a la plaza y ahí

nomás, cruzando. Pero al sol debía sumarle el humo de los escapes entrándole como si fuera una novedad arrastrándolo a toser sin reconocerse en la tos, como si tosiera aquel perro yéndose quién sabe, o esa estatua condenada a permanecer, o el árbol que ahora le sirve al perro y ensombrece una parte de la estatua. Tosía pues, y resultaba absurdo, como absurdos se le antojaban los pensamientos de los últimos tiempos mientras caminaba siempre tan elegante por fuera, tan traje de corte inglés y corbata de seda, la piel bronceada a propósito en sesiones de doce minutos sin fastidio. Pero qué hacer ahora y aquí con los recuerdos, a quién recurrir cuando se descubre la soledad adentro, si ya es tarde y los muertos no pueden oír lo que no quiso, y los padres se fueron y no les ha preguntado si el abuelo era bueno o jugador o borracho. O si la guerra los había hecho andar descalzos antes que uno, buen hijo que había hecho carrera, les pagara el mejor lugar para verlos poco en horas de visita cada vez menos. La calle se mostraba entonces como la tarde, se diluía en un fastidio de gente al sol y de vehículos que echaban humo a su paso y él llegaría con demora y no importaba, pues temprano sólo llegan los perdedores, los que bajan la vista cuando entra para ser insultado en silencio, pues así lo reciben aquellos sobre los cuales lo ignora todo, y si alguna vez les rescató por casualidad algún nombre lo olvidó al instante por un asunto urgente que reclamaba atención. Uno entra al banco por costumbre o para huir de los fantasmas, porque desde hace, ¿cuánto?, ¿y antes?, cómo era antes que no era lo mismo que ahora, cuando despilfarra su indiferencia contra clientes y subordinados, a los que ve y les da la mano y cuando aprieta el puño no hay fuerza, hay apenas un gesto blando, tan blando como inútil. Y puesto a decidir en su puesto debería hacerlo todo de nuevo, repetir cada movimiento como la primera vez, aunque hoy los pensamientos absurdos intentan tramarlo pero no hay salida, debe resignarse a recibir a esas damas o a esos caballeros que lo tratan con cortesía, pues lo saben portador de las llaves del banco, aunque ya está cansado de lo que tanto le gustaba, cuando le pasaban un sobre blanco o gris o qué diferencia hay, si servía para comprar la felicidad a largo plazo y bajos intereses. Los señores gerentes son poderosos en ese instante, cuando negocian un expediente y lo firman o no, y si lo firman estampan sello y sonrisa y apretón de manos. Pero por qué maldición le toca atender justo hoy, con estos recuerdos como animales infatigables, a la señora que ya ve venir, con joyas hasta en las piernas para impresionarlo y chico rubio a su lado, y un velo se descorre en alguna parte e imagina que a lo mejor el chico podría parecerse, y se pregunta por qué no le aceptó esa vez la invitación para jugar al dominó y le dijo no al hijo, si el cansancio derivaba apenas de unas copas o de alguna secretaria a deshoras. Y por qué se negó a mirar cada día el cuaderno de clase e ignoró los dibujos en las paredes, y cuando los quiso mirar no encontró los cuadernos y las paredes se habían desmoronado, y ya no existía el hijo, existe quizá un ser desconocido, con barba y anteojos le pareció una vez a lo lejos, cuando no se atrevió a cruzar la calle. Entonces el hijo es un milagro crecido sin él, cómo ha podido ser sin él y ahora es sin él no sabe dónde. Y no hay remedio, se inclina y firma la solicitud de señora enojada con chico rubio y piensa que todo es lo mismo, la vida no tiene garantía y pase el que sigue, y si no sigue nadie mejor, porque alguien se acerca con bandeja y café no pedido y lo saluda, cómo le va, señor, y él no adivina si ya le ha respondido algo o si acaso debe contestarle con la seriedad de antes pero no de ahora, cuando los recuerdos vuelven y lo llevan a una escena de allá lejos en el tiempo, te acordás Irene, en una mesa en un bar en una mañana con fastidio de sol en las mejillas de ella que dice no comprender cuando él le ha dicho ya es muy tarde, cómo tarde, te resistís Irene, y uno inventa algo para justificar palabras que se le descuelgan de la boca, fatales y huecas, como si un eco repitiera lo que no hubiera debido decir. Pero ya es la hora, el tiempo se ha cumplido y corresponde irse, aunque antes se impone la impostergable reunión para darles oportunidad a dos o tres de los que más lo odian de que le rindan cuenta y pletesía y le recuerden cómo defienden con su honra y dedicación los intereses del banco. Ellos no saben de su desinterés de hoy por los intereses y tampoco que sólo importan las deudas contraídas en su vida y de las cuales no acierta a distinguir la caja para pagar. Y después existe de nuevo la calle, donde ya no asoma el sol y donde el humo ya no lo hace toser aunque el fastidio sigue firme adentro del que camina entre la gente, y la gente lo empuja a mirar una iglesia y a pensar si Dios alguna vez amenazó con decirle algo y Él tampoco tuvo tiempo. Entonces la tarde casi noche es una larga caminata hacia el bajo, rumbo al puerto para qué. Y cuando llega la vida es un embrollo y hay una brisa y un barco alejándose, e

imagina que quizás un rato antes y ese barco le hubiera servido aunque tal vez aún, porque ve sus luces yéndose y la memoria es un fastidio sobre el escalón que parece no acabarse y es un abismo de padres que se fueron antes de y de hijo que creció sin y de amor de Irene abandonada en una y el murallón es sólo un salto y entonces ya no es más ni la brisa ni el grito.



© Helios Buira
Desde Ciudad Moreno, Provincia de Buenos Aires

www.arteyletras.com

<http://elblogdehelios.blogspot.com.ar/> - <http://cavilarelmundo.blogspot.com.ar/>

[Arte y Letras, se aloja en Redcomel, un servidor argentino](#)

[Si buscás algo de tu interés en la Red, hacelo por GRIPPO](#)